Capítulo 3

Aspectos teóricos de los indicadores e índices sociales

La cuantificación de las variables significativas es el objetivo científico-metodológico común a todas las ciencias empíricas (Moya, C., 1972: 168). En concreto, la preocupación y el interés por *medir*, *evaluar* y *cuantificar* los hechos y las relaciones sociales (los conceptos sociológicos) se encuentra en el origen mismo de la investigación social, si bien es cierto que se ha producido un cambio en el "estilo" del quehacer del científico motivado por la superación del *estado metafísico* (prehistórico) de la ciencia positiva enunciada por Comte, y la llegada al *estadio positivo*, la *madurez* de la sociología (Diez Nicolás, J., 1976: 194).

El excesivo peso otorgado a lo cuantificable ha marcado la línea de trabajo en la sociología actual (Birou, A., 1972; Torregrosa, J.R., 1972; Castillo, J., 1972; Moya, C., 1972). Se presupone que éste es el hecho que marca las diferencias entre lo que es ciencia y lo que no en tanto que lo cuantificable es más "veraz" y "preciso" que lo no medible reducido al campo de la "palabrería" y "especulación" (Torregrosa, J.R., 1972: 163). *El nuevo estilo* se presenta como la culminación de las ciencias sociales, en donde los indicadores sociales ocupan un papel predominante[1] (Moya, C., 1972: 171-172).

En este contexto en el que se ha favorecido lo cuantitativo frente a lo cualitativo, en el que se han separado las dos caras de una misma moneda, se alzan una serie de autores reivindicando la participación conjunta de ambas perspectivas metodológicas a la hora de abordar la investigación social. De todos ellos, ha sido Wright Mills el que ha practicado la mejor de las críticas. Mills antepone la imaginación sociológica al empirismo abstracto o gran teoría[2], las dos escuelas sociológicas que en EEUU han alcanzado especial protagonismo. Señala la necesidad de combinar ambas escuelas en los términos siguientes (Mills, W., 1993: 91):

1. En este capítulo veremos cómo los indicadores sociales, como parte de un concepto, son el enlace a través de los cuales nos aproximamos "al conocimiento de cierta propiedad de un objeto que, conceptualmente, no podemos medir directamente (...), ningún indicador refleja total y exhaustivamente todas las dimensiones de un concepto" (Diez Nicolás, J., 1967, Op. cit., pp.194).
2. Mills define al empirismo abstracto como un "estilo de ciencia social" siendo sus principales características: inexistencia de teoría o proposición importante sobre la que apoyarse; no se basa, ni aporta, ningún concepto nuevo de la naturaleza de la sociedad ni del hombre; desarrolla problemas "tipo" de una forma estándar requiriendo el apoyo del aparato administrativo; el administrador intelectual y el técnico en investigación son los profesionales que este nuevo estilo consagra (Mills, W., 1993: La imaginación Sociológica. Méjico, F.C.E., pp. 68-92).

> (...) todo intento sistemático de comprender supone algún tipo de alternación entre ingestión (empírica) y asimilación (teórica), que los conceptos y las ideas deban guiar la investigación de los hechos, y que las investigaciones detalladas deban usarse para comprobar y reformar las ideas.

Para Merton, la Sociología debe unificar o complementar su vocación teorética con referencias a la realidad, esto es, contrastar la teoría en la práctica de la investigación (Merton, R., 1987: 161-162). La Sociología no debe quedarse en la mera acumulación de datos y referencias teóricas, debe saber contrastarlos y manipularlos.

Es, en estos términos, en los que se van a desarrollar las páginas de este capítulo, presentando a los Indicadores Sociales (naturaleza y metodología) como instrumento de análisis y acercamiento a la compleja y multidimensional realidad social.

La *Sociología Cuantitativa* sostiene que es posible someter a los fenómenos y hechos sociales a ***procesos de medición*** entendiendo por ello al proceso a partir del cual se asignan números reales (símbolos) a las propiedades, atributos, magnitudes o acontecimientos sociales (conceptos) (González Blasco, P., 1994: 275-276). No obstante, para ello ambos sistemas, el de las cifras y el de los conceptos, deban mantener una *relación isomórfica*, esto es, "que con los objetos, fenómenos o relaciones puedan hacerse las mismas operaciones que con los números que les representan" (Calvo, F., 1982: 7).

La medición, en su acepción más actual, es un concepto ligado a la asignación de números a cosas según unas reglas (Sierra, R., 1984: 89). Medir es "asignar numerales a objetos o eventos según normas" (Stevens, S., 1951: 1). Las tres características principales de la medida son: (1) *es relativa*, esto es, comparativa, pues precisa de un patrón de medida que haga las veces de unidad, atribuyéndole arbitrariamente un número; (2) *es probabilística*, pues la medición nunca será exacta; y, (3) *es indirecta*, pues en ciencias sociales la medición directa no es factible (Calvo, F., 1982: 7).

El supuesto isomorfismo, asume que la concordancia entre sistemas y axiomas matemáticos (modelos matemáticos) y sistema conceptual (atributos y conceptos de los objetos) es perfecta, estableciendo entre ambos sistemas una correspondencia simbólica de acuerdo con las reglas de notación matemática. No obstante, esta *relación isomórfica* (comúnmente aceptada desde el enfoque de la estadística tradicional adoptado por la sociología) no ha quedado exenta de críticas. Algunos autores como Cicourel, Ferguson y Coobs, entre otros, descubren las debilidades del

supuesto isomorfismo. Cicourel lo expresa en los siguientes términos (Cicourel, A., 1972: 49):

> Excepto en el caso de que los datos son producidos (y en ocasiones adoptan propiedades numéricas naturales) por instancias sociales para sus propios fines contables, casi toda la investigación sociológica que exige contacto con sujetos implica siempre teorías implícitas que están muy lejos de una verificación a priori de hipótesis. Nuestras clasificaciones de los datos, a menudo arbitrarias, llegan a ser base para establecer cierta forma de cuantificación. Como la clasificación es a posteriori, la validez de nuestra medida es la relativa a la clasificación arbitraria, haciendo improbable en ese momento la repetición y el conocimiento riguroso. Así pues, los problemas más graves de la medida surgen cuando nos ocupamos de las variables cualitativas.

Desde la perspectiva de la estadística clásica, la medición en sociología, y en general en el seno de las Ciencias Sociales, no difiere de la medición en las ciencias naturales o positivas: para ambos el objetivo es cuantificar el "objeto" sometido a estudio. Es más, el isomorfismo planteado, es el asumido en primer lugar, por las ciencias naturales, permitiendo el tratamiento matemático. Sin embargo, la experiencia demuestra que las medidas en ciencias sociales no son homologables a las ciencias naturales incrementándose, de este modo, el grado de imprecisión. Para Pedro González varias son las razones:

- El "objeto" de medición de las Ciencias Sociales es el factor fundamental que separa los resultados obtenidos respecto a las ciencias positivas. La *unidad de medida* en Ciencias Sociales son sujetos o colectividades "humanas" lo que implica que el grado de acercamiento o impredecibilidad respecto a ellos es mayor que el manifestado en las ciencias físico-matemáticas.

- Las diferencias observadas en distintos procesos de medición pueden deberse no solo a un cambio estructural. La elección errónea del *instrumento de medición*, o un *mal desarrollo en la aplicación del mismo* pueden ser los responsables de las diferencias observadas en dos procesos de medición separados en el tiempo.

- En consecuencia, las *teorías* en Sociología nunca serán definitivas en tanto que la identificación de sus factores explicativos serán variables en el tiempo o condicionados por el sistema de medición elegido para su identificación. (González, P., 1994: 277-278).

Ante la evidencia social, cabe adoptar cierto escepticismo frente al proceso clásico de medición, representado por Lazarsfeld y Bound, pues los supuestos matemáticos a partir de los cuales se proyectan los modelos matemáticos explicativos de los fenómenos sociales, son tan "ideales" (supuestos paramétricos) que excepcionalmente se reproducen en la compleja realidad social. Ante estas consideraciones, el problema no reside en si es posible o no la medición en las Ciencias Sociales, sino en los supuestos teóricos bajo los cuales se realizan las mediciones y su potencial repercusión en el cuerpo teorético.

La dificultad en la medición de los sucesos y procesos sociales provoca un cierto rechazo en torno a esta perspectiva más cuantitativa de ahí que podamos identificar distintas posturas entre los investigadores sociales respecto a los procesos de medición en sus respectivas disciplinas. Unos rechazan abiertamente la aproximación numérica a la explicación de la realidad social. Otros, partiendo de las limitaciones de estos procesos de medición, los aplican (aportando su experiencia en la solución de la problemática metodológica-teórica) y complementan sus investigaciones, cuando así lo consideran oportuno, con otras técnicas no cuantitativas. Un último sector, intenta vincular conceptos y cuantificación numérica sin preocuparse o cuestionarse los aspectos más polémicos. (González Blasco, P., 1994: 276-277).

Nuestra postura es que sí es posible un acercamiento (desde una perspectiva probabilística) a la realidad social. Evidentemente, partimos de la premisa de la dificultad y limitación a la hora de abordar, bajo un punto de vista cuantitativo, el análisis de tipo social. No obstante, y pese a ello, resulta necesario contar con técnicas, metodologías y herramientas que incrementen el acercamiento entre el análisis científico y los fenómenos de contenido social sin caer en lo que Mills denomina el *empirismo abstracto*.

A lo largo de estas páginas vamos a desgranar las bondades, pero también las deficiencias y limitaciones, argumentadas a favor y/o en contra de los indicadores sociales, como herramienta de análisis cuantitativa de fenómenos sociales, por naturaleza extremadamente diversos, cambiantes, complejos, sensibles e impredecibles en todas sus dimensiones.

El "movimiento de los indicadores sociales" o simplemente "movimiento" (como se argumenta en las páginas siguientes) es la opción metodológica adoptada mayoritariamente en la década de los 70 para la medición del *nivel de vida*, *calidad de vida* y/o del *bienestar*. En estos años, informes como los del Club de Roma[3], *Límites del Crecimiento* (1971), ponen en tela de juicio el desarrollo llevado

3. El Club de Roma se constituye en 1970 como respuesta al debate crítico que en la década de los 60 se vivió. En estos años, se consolida socialmente un movimiento integrado básicamente por

a cabo, obligando a plantearse en un contexto más amplio los problemas ocasionados por éste. Se desmitifica la teoría del crecimiento (que avalaba al conjunto de políticas tendentes al despegue económico) y con ello, la relación desarrollo-crecimiento-bienestar, pues, si bien es cierto que con el desarrollo se destierran problemas arrastrados hasta entonces, no es menos cierto que genera otros todavía no considerados y que provocan una perdida de calidad de vida en la población.

El origen del movimiento de los indicadores sociales coincide en el tiempo con el interés mostrado por el análisis de la "calidad de vida" (MOPU: 1979: 15-23)[4]. Bajo el término *calidad de vida* se encierra: el interés por evaluar y valorar el grado de desarrollo, de cambio, de una sociedad a través del análisis de sus distintas dimensiones (y no solo la económica), a saber: aspectos sociales, políticos, psicológicos y culturales; y, en consecuencia, el interés por evaluar la correlación entre desarrollo económico-desarrollo social (Setién, M.L., 1992: XXII).

Pese a que en este capítulo se somete a examen a los indicadores sociales como herramienta de medición social conviene recuperar, en aras de una mayor comprensión y contextualización de los mismos, otras metodologías desarrolladas y llevadas a la práctica paralelamente con las que comparte la necesidad de encontrar un sistema de medición social y no solo económico. El *enfoque contable* o la *función de utilidad* fueron aportaciones que no arrojaron mejores resultados que los presentados por el movimiento en su aproximación a la medición del bienestar.

El *enfoque contable* surge a imagen y semejanza de las Cuentas Nacionales, desarrolladas por economistas en el seno de las políticas desarrollistas. La contabilidad nacional resolvía el problema de la medición del bienestar pues al considerar

jóvenes de países económicamente desarrollados que muestran su insatisfacción respecto a los valores de la sociedad de consumo. El Club de Roma, definido como una sociedad civil, apolítica y sin ánimo de lucro, queda constituida por un grupo internacional de científicos, educadores, empresarios,... cuyo objetivo era obtener un conocimiento racional y global de las opciones de futuro. Con tal objetivo solicitan al Instituto Tecnológico de Massachusetts un informe, Proyecto sobre el porvenir de la Humanidad, y cuya primera publicación parcial fue Los Límites del crecimiento (MOPU., 1979, Op. cit., pp. 31-34).

4. Con frecuencia se confunden o se diferencian excesivamente los estudios denominados indistintamente de calidad de vida o bienestar. Básicamente ambas denominaciones hacen referencia a valoraciones de iguales contenidos, aunque hay matices que les distancian. En primer lugar, el concepto calidad de vida sustituye, en el tiempo, al de bienestar, y éste, a su vez sustituyó al de felicidad (ligado a connotaciones morales e ideológicas). Los dos primeros surgen en el ámbito político, pero bienestar obedece a un contexto particular (estado de bienestar, economía de bienestar), distinto al que décadas más tarde denominaría a lo mismo como calidad de vida. Metodológicamente, la evolución del término implica: (1) el paso de la evaluación de problemas privados e individuales, al plano de los problemas públicos y sociales; y (2) el término calidad de vida impone la necesidad de considerar los aspectos subjetivos en su evaluación, y no sólo los estrictamente objetivos (MOPU., 1979, Op. cit., pp. 21-22).

afines los conceptos de riqueza y bienestar, la Renta Nacional y la Renta "Per Capita", podrían servir como índices sintéticos no solo de la riqueza sino también del bienestar (Pena, B., 1977: 14-20).

Los informes del Club de Roma demostraron que el binomio riqueza-bienestar era insostenible, con lo que el Producto Nacional Bruto (PNB) dejó de ser una medida del bienestar. Pese a las críticas recibidas, se mantiene la idea de abordar el análisis del bienestar bajo una perspectiva contable y así en la década de los 70 sale a la luz un *Sistema Contable Ampliado*, el cual modifica el sistema clásico e introduce nuevas cuentas (Zarzosa, P., 1996: 32-33).

Esta metodología establece una analogía entre: bienes y servicios – satisfacción de necesidades por la adquisición de éstos – y valor monetario pagado por su adquisición. Así, y puesto que el valor monetario se conoce y además es medible, se puede cuantificar el nivel de satisfacción de las necesidades (valor monetario de los bienes y servicios que cubren las necesidades) y con él, el nivel de vida. Sin embargo, este planteamiento no considera que: hay aspectos del bienestar que no son medibles monetariamente; que el sistema produce partidas que no incrementan el nivel de vida (contaminación, tráfico,...); o que, un mayor consumo no tienen porqué asociarse con mejores condiciones individuales y sociales.

La medición de la calidad de vida basada en las funciones de utilidad concluye la presentación de metodologías cuantitativas afines. La *función de utilidad* se enuncia desde la teoría del consumidor individual, de la que se deduce la función de utilidad ordinal individual para la que un individuo puede jerarquizar sus preferencias (Pena, B., 1977: 45-48). A su vez, esta función es considerada sinónimo de la función de utilidad colectiva, y ésta, de la función de bienestar social.

Las limitaciones teóricas de esta aportación (la inclusión de un número elevado de bienes y servicios hace impracticable, por sencilla que sea, cualquier función; y el hecho de que se acentúan los problemas al intentar medir la función de utilidad colectiva), han hecho inviable cualquier aplicación práctica.

Pese a las limitadas aportaciones iniciales de los dos enfoques, éstos han seguido vigentes, adaptándose a nuevos requerimientos y acercándose, cada vez más y mejor, al objeto de su estudio. Así, la *Contabilidad Social*, nueva perspectiva del enfoque contable, es presentada por Zarzosa Espina como una línea actual de medición del bienestar en la que se sintetizan o confluyen dos enfoque ya enunciados: el de los indicadores sociales y el contable, siendo el primero complemento del segundo (Zarzosa, P., 1996: 33). Los autores que defienden este enfoque ven en él una herramienta para evaluar las diferencias interregionales. El análisis de Conglomerados y Factorial son las técnicas aplicadas con las que se espera identificar los

factores distintivos que deberían incorporarse en el sistema de cuentas nacionales (Zarzosa, P., 1996: 34). Paradójicamente, de la aplicación de esta metodología, no se deduce que el factor renta sea el más determinante a la hora de agrupar a las regiones[5].

Por su parte, el enfoque contable y el de las funciones de utilidad se han asociado intentando la aproximación al nivel de bienestar a través de la medición de la *equidad en la distribución de los ingresos*, esto es, a partir de la utilización de una sola variable, la renta (Zarzosa, P., 1996: 51).

Las experiencias llevadas a cabo con los distintos enfoques manifiestan que la metodología de los indicadores sociales es la más idónea para estudios e investigaciones como la que aquí se desarrolla. Si bien el objetivo último no es la presentación de un sistema de indicadores que evalúe la calidad de vida, sí que podemos considerar extrapolable dicha metodología a un proyecto que tiene como objeto enunciar una serie de indicadores que evalúen cada una de las esferas sociales más relevantes.

El uso de los indicadores sociales nos acerca a la medición en Ciencias Sociales. Los indicadores nos van a permitir[6]: describir los fenómenos sociales, incrementar nuestra comprensión en torno a sus interrelaciones y, revisar no solo los conceptos utilizados (incorporando variables no consideradas) sino también actualizar las teorías e hipótesis a las que daban soporte (González Blasco, P., 1994: 278).

1.- Antecedentes: el movimiento de los indicadores sociales.

El uso de técnicas cuantitativas para recoger datos económicos y sociales, ha sido una constante que se repite a lo largo de la historia, es más, con frecuencia se asocia el desarrollo de una sociedad por su capacidad en conseguir y generar nuevas formas de información cuantitativa.

La investigación empírica, en Sociología, se desarrolla paralelamente a la discusión sobre los fundamentos filosóficos y teóricos de la nueva ciencia, aunque con

5. Este enfoque queda ampliamente desarrollado en García-Durán de Lara, J. y Puig Bastard, P., 1980: La calidad de la vida en España: hacia un estudio de Indicadores Sociales. Madrid, Moneda y Crédito, pp. 174-198.
6. La utilidad de los Indicadores Sociales queda ampliamente desarrollado en el apartado 4, Posibilidades y limitaciones del uso de los Indicadores Sociales, de este Capítulo.

frecuencia *las historias* que sobre la Sociología se han realizado solo recogiesen el testimonio del devenir de las ideas (García Ferrando, M., 1979: 25-36).

El concepto "estadística" (en el sentido que hoy lo aplicamos y conocemos) del latín *status* o estado, surge en la Edad Media por el deseo de tener una relación entre extensiones señoriales-población residente e impuestos susceptibles de ser recabados. Pese a que las aportaciones de **Galileo** (1564-1642), **Pascal** (1623-1662) y **Fermat** (1601-1665), entre otros, supuso la consolidación de las leyes de la probabilidad, no será hasta el siglo XVIII cuando se produzcan las más importantes aportaciones en este campo: **Simpson** enuncia la distribución continua, mientras que **Gauss** y **Laplace** hacen lo propio con la distribución normal.

La evidencia de que también en el mundo animado (sociedad, economía, genética,...), y no solo en los juegos de azar (naipes, dados y cartas) o en las estrellas, se daban regularidades, se produjo en el siglo XIX consolidándose después de la II Guerra Mundial, la moderna estadística gracias a las aportaciones de **Galton**, **Pearson**, **Yule** y **Fisher**.

Lazarsfeld[7] ve en **Quetelet** (1796-1874) y su *Manual de Estadísticas Morales*, *Sur l'homme et le développement de ses facultés. Essai de physique sociale* (1835), el origen y las bases más modernas de la cuantificación en Sociología. Quetelet diferencia entre la *física social* y la *estadística moral*. Mientras la física social analiza las características asociadas a las personas, las estadísticas morales tienen por objeto sistematizar las características no físicas. Fue el primero en estudiar la distribución (aplicando las distribuciones normales y binomiales) de tasas y medidas de contenido demográfico.

Actualmente, los intentos por elaborar una historia de la sociología empírica más exhaustiva ha llevado a recuperar la obra de dos autores que hasta hace relativamente poco habían permanecido en el olvido. Las aportaciones de **Le Play** (1806-1882) y **Tarde** (1843-1904) son de obligada referencia a la hora de contextualizar y comprender el estado actual de la Ciencia Social.

La aportación metodológica de Le Play se resume en: desarrollo y aplicación de las técnicas de observación; uso de una guía para la recogida sistemática de información; desarrollo de los indicadores sociales con el estudio de casos familiares a partir de los cuales determinaba indicadores de bienestar material y moral; y, utilización del presupuesto familiar como herramienta de análisis empírico. Le Play, también, dejaría constancia en su obra de la dificultad de clasificar los datos socia-

7. Lazarsfeld, P.E., 1961: "Notes on the History of Quantification in Sociology Trends, Sources and problems", en H. Woolf (comp.), Quantification, Indianápolis, Bobbs-Merril, citado por Setién, M.L., 1993, Op. cit., pp.4.

les. Fue tal su contribución que algunos autores como Munné[8] cifrará en la obra de **Le Play**, *La réforme sociale en France*, escrita en 1984, el inicio de la línea histórica "hiperempirista" en Ciencias Sociales. Por su parte, Tarde constataría en su obra la preocupación por la medición de las actitudes.

En el desarrollo de la estadística no hemos de obviar el papel desempeñado por la demografía. En el siglo XVII, y aunque de una forma irregular, se empieza a recabar información sociodemográfica; en Inglaterra, William **Petty** introduce el concepto de *política aritmética* para hacer referencia al uso por parte de las administraciones en sus labores de gobierno de tasas o estimaciones; John **Graunt**[9] introduce las tablas de expectativas de vida diferenciando entre grupos de edad; y, en el XVIII se elaboran los primeros censos de población (García Ferrando, M., 1989: 25; Yagüe, R.M., 1992: 10-11; Casas, F., 1989: 26).

Paralelamente a las *estadísticas inglesas*, en Alemania se desarrolla a lo largo del siglo XVIII la *estadística universitaria*, considerada hoy como fuente de la estadística social actual (García, M., 1979: 32-33). En las universidades de Berlín y Gôtting, principalmente, se despierta el interés por conocer las características más relevantes del Estado con el fin, también, de mejorar su funcionamiento. A ambas escuelas les uniría la preocupación por comprender más y mejor su Estado, pero les enfrentó el alcance que cada una de ellas otorgaba a sus estadísticas sociales: la escuela alemana, más preocupada por dar con las categorías sociales más adecuadas (ideales) a su estado, tachó de "empirismo vulgar" a las cuantificaciones inglesas.

A principio del presente siglo las aportaciones del italiano Alfredo **Niceforo** y del británico Charles **Booth** marcan el signo y el grado de contribución de los indicadores sociales. Hasta la fecha podríamos identificar a las estadísticas existentes con los propios indicadores sociales (Miguel, A. de, 1967: 14). Sin embargo, a partir de estos años, el papel atribuido a los mismos, y en general a la estadística, deja de ser un procedimiento ligado al "recuento" o cálculo de probabilidades, para asumir funciones de análisis e interpretación de los mismos (Casas, F., 1989: 29): pasamos de las "estadísticas" a la "estadística".

Niceforo publicó *La medición de la vida*, aunque sería *Les indices numériques de la civilisation et du progrès* su obra más completa. Hoy es considerada como el

8. Munné, F., 1983: Concepto, método, fuentes y programa de la Psicología Social. Memoria para la oposición a cátedra. Barcelona. 2 volúmenes (inédito), citado por Casas, F., 1989, Op. cit., pp. 27.
9. La aportación de John Graunt, aritmético político, fue de gran importancia. Interesado por el desarrollo y evolución de las epidemias en Londres ideó unas estadísticas en las se recogían el número de defunciones y sus causas. Las bills of mortality, nombre con el que se conocen estas primeras aportaciones, constituyen la fase embrionaria de las actuales tablas de mortalidad (Livi-Bacci, M., 1993: Introducción a la demografía, Barcelona, Ariel Historia, pp.15).

primer informe social de la historia en donde manifiesta su interés por el análisis cuantitativo en la evolución, en este caso de las civilizaciones. En su trabajo, elabora una batería de indicadores claves en aras de definir distintas dimensiones de su concepto de civilización (Yagüe, R., 1992: 11). Por su parte, Booth introdujo los indicadores sociales en el análisis de las condiciones de vida y pobreza en Londres de principios de siglo (Casas, F., 1989: 27).

En su obra *Indicadores Sociales de Calidad de Vida. Un sistema de medición para el País Vasco*, Setién identifica cuatro periodos en la historia reciente de los indicadores sociales (desde principios de siglo hasta nuestros días), de tal manera que podemos asociar la historia de la medición social a periodos diferenciados de desarrollo y procedimientos. Los periodos identificados son: Prehistoria de los indicadores sociales, Periodo de gestación (1955-1965), Periodo de cristalización (1966-1975) y, Etapa actual (Setién, M.L., 1993: 5-37)[10].

Bajo esta exposición, las aportaciones primigenias en el campo de la medición social se identifican con el periodo de ***Prehistoria de los Indicadores sociales***, situada temporalmente en el primer cuarto del siglo (décadas en las que se está estructurando la moderna estadística) y personalizada en la obra del sociólogo William F. **Ogburn**. En este periodo se formula el *Paradigma Empírico y Estadístico*: la obra de Ogburn marcará una necesidad (mayor conocimiento de los fenómenos sociales y económicos) y una metodología (recogida y elaboración de información cuantitativa organizada en series estadísticas).

Ogburn, en 1922, publica *Social Change* en donde se sirve de series estadísticas como indicadores o medidas cuantitativas de cambio: su objetivo era constatar numéricamente el cambio social a partir del análisis del desarrollo y evolución cultural. Ogburn, además de Social Change, participó en dos obras que, a la postre, marcarían el devenir del movimiento de los Indicadores Sociales: *Recent Social Trends* (analiza 32 áreas de la vida americana buscando sus interrelaciones y ofrecer así una visión global de la vida del país); y, en segundo lugar, su interés por el cambio le lleva a editar anualmente el *American Yournal of Sociology* (1928-34) con dedicación exclusiva sobre el cambio social (Cases, F., 1989: 29). La experiencia acumulada le conduce a dirigir diversas investigaciones en las que los índices cuantitativos evalúan y miden tendencias sociales en distintos sectores sociales.

Otros autores señalan la aportación de A.C. **Pigou** decisiva en los orígenes y precedentes del "movimiento" de los Indicadores sociales. Desde la economía, se

10. Para la exposición de los tres primeros periodos (Prehistoria, Gestación y Cristalización) la autora se basa en J. Stafford, 1978: Petite Histoire des Indicateurs Sociaux, Communautés, Archives de Sciences Sociales de la Coopération et du Développement, núm. 45, pp. 69-70, citado por Setién, M.L., 1993, Op. cit., pp.5.

plantea la necesidad de cuantificar los costes sociales (externalidades) ocasionados por la economía de mercado (crítica al modelo económico clásico que se reproducirá en décadas posteriores)[11]. **Pigou**, publica en 1924 *The economics of Welfare* en donde defenderá la tesis de la utilización de los indicadores sociales en procesos de evaluación de impacto social. Los Indicadores Sociales se presentan como la herramienta que permite medir el "valor fuera del mercado": lo "social" no es "mercado", sin embargo es necesario evaluarlo en tanto que éste engloba situaciones y actividades como sanidad, educación, familia, ancianos,... susceptibles de planificar (Carmona J.A., 1977: 14-21;Yagüe, R., 1992: 11-12).

El segundo periodo identificado, ***Periodo de Gestación*** se desarrolla a lo largo de la década 1955-1966. Serán unos años en los que se constata la necesidad de contar con una metodología que evalúe no solo los aspectos económicos del país, sino también capaz de medir el grado de desarrollo y evolución del mayor número de dimensiones societarias, esto es, del grado de bienestar social o calidad de vida a partir del cual proyectar las políticas del país.

En la segunda mitad de la década, en Estados Unidos, se despierta el interés por desarrollar un sistema global de información en torno al estado y evolución de la sociedad. Estos trabajos suscitaron un gran interés político y, dado su carácter estrictamente descriptivo junto con el uso exclusivo de indicadores cuantitativos, recibieron el nombre de *contabilidades sociales* (Casas, F., 1989: 14-15).

Entre los trabajos vinculados a intereses políticos cabe destacar el informe *Report of the US President's Commission on National Goals* (1960) que encargado por el presidente Eisenhower proponía metas nacionales por áreas como objetivos de la planificación del país (Casas, F., 1989:30). No obstante, se encontraron con la inexistencia de indicadores que evaluaran el progreso en cada una de las áreas.

El concepto de Indicador social como "(...) presentación cuantitativa de información sobre fenómenos sociales, su localización, desarrollo y correlación (...)" se debe a la American Academy of Arts and Science que en 1962, por encargo de la N.A.S.A. presentó un trabajo cuyo objetivo era medir en la sociedad americana la repercusión de su programa de exploración espacial (Casas, F., 1989: 25; Olivera, A., 1997: 689)[12]. La investigación fue llevada a cabo por Raymond A. **Bauer**[13]

11. El precedente economista lo señala Bell en Sismondi y su obra, Nuevos principios de economía política (1819) en donde ya se argumenta que el objetivo de un país no debe ser su riqueza sino el hombre. Bell, D., 1969: "The ideal of a Social Report", The Public Interest, nº 15, citado por Campo, S., del, 1972: Los Indicadores sociales a debate, Madrid, Fundación FOESSA, pp.12.
12. Pese a que su origen geográfico se sitúe en América su difusión en el tiempo se vivirá paralelamente en América y en Europa.
13. Es a Bauer a quien se le atribuye el término Indicador social, así como su difusión internacional pese a que con anterioridad Russet, Alker, Deutsch y Lasswell (1964) ya hicieron uso del

quien se encargó de coordinar en *Social Indicators* las aportaciones de Biderman, Gross y Rosenthal & Weiss (Carmona, J.A., 1977: 27; Casas, F., 1989: 20).

En 1964 se crea la Comisión Nacional sobre Tecnología, Automatización y Progreso Económico presentando su informe definitivo, *Tecnology and American Economy*, en 1967 (Casas, F., 1989: 24-25). En dicho informe se propone la necesidad de un "sistema de contabilidad social" que diera fe no solo de la evolución económica del país, sino también, de los cambios sociales como herramienta de información en las políticas a implantar.

Movidos por el interés de obtener un mayor conocimiento sobre los problemas sociales así como sobre los grupos sociales la década 1966-1975, denominada por Setién como el ***Periodo de Cristalización***, se convierte en la más fecunda, a tenor del número de obras publicadas a lo largo de estos años que, de una u otra forma, recogían y utilizaban los indicadores sociales. Este manifiesto interés sobre los indicadores sociales, evidente en mayor o en menor medida en todos los países, hizo que este contexto fuera bautizado y aceptado por la comunidad científica, por Otis Dudley **Duncan** como "**movimiento de los indicadores sociales**" (Casas, F., 1989: 19). Es, pues, este periodo el eslabón más determinante en la cadena evolutiva del proceso de formación de los indicadores sociales, pese a que también es cierto que se presenta como una fase de transición del mismo pues ya se han acumulado una gran cantidad de problemas por evaluar (periodo de gestación) y urge su solución (periodo de cristalización).

Según Casas, los intereses y expectativas introducidas con los indicadores sociales en esta década tienen mucho que ver con los manifestados en la década de los 20:

• los indicadores sociales, influenciados por la teoría de sistemas y el concepto de sistemas generales, mantienen una perspectiva "macrosocial": el objetivo es contar con una herramienta de análisis de la sociedad concebida como un todo, que permita analizarla y controlar su desarrollo y sentido de evolución;

• Los indicadores sociales se exponen, siempre, como complemento de los "indicadores económicos", de ahí que cuando se hace referencia en este contexto a los indicadores sociales sean considerados como un subconjunto del conjunto de los indicadores económicos;

mismo en su obra World Handbook of Political and Social Indicators (Casas, F., 1989, Op. cit., pp. 20).

• La perspectiva que se mantiene en torno a los indicadores sociales es básicamente tecnológica, si bien se reconoce, de pasada, la necesidad de contar con modelos teóricos societarios en los que sus conceptos se asocien a uno o varios indicadores sociales (Casas, F., 1989: 20-24).

La punta de lanza de este "movimiento" fue EEUU iniciándose en 1966 con el discurso del presidente Johnson sobre el Estado de la Unión en donde invitaba a construir la "Gran Unión" superando las consecuencias sociales ocasionadas por el crecimiento (económico) que el país estaba viviendo. En 1967 se presenta por primera vez un proyecto de ley "*Ley de plenas oportunidades y contabilidad social*", que obligaría al Gobierno estadounidense a presentar un informe social anual. En 1969 se publica *Hacia un informe social* dejando tras de sí un importante número de artículos, trabajos y críticas. En 1970-71 la Oficina Nacional de Investigación Económica presenta distintos trabajos en los que se cuestiona el sistema de contabilidad nacional introduciendo aspectos sociales ignorados hasta el momento. En 1973 empieza a publicarse I*ndicadores sociales* editado por la Oficina de Gestión y Presupuesto (MOPU., 1979: 27).

El importante número de trabajos del movimiento de los indicadores sociales con sede en EEUU hará que se cree, el *Social Science Research Council*, un centro concebido para coordinar y divulgar las investigaciones en este campo. Para completar dicho objetivo, nace en 1973 el boletín *Social Indicators Newsletter*. (Setién, M.L., 1993: 15).

Europa no haría oídos sordos a la necesidad de medir las condiciones sociales a través de indicadores, aunque su interés no se manifestase hasta principios de los setenta. Los distintos programas de indicadores sociales que se emprenderían en el seno de los países más desarrollados tuvieron como telón de fondo la experiencia llevada a cabo por organismos e instituciones internacionales que, en un momento de gran incertidumbre, marcarían las líneas de investigación y pautas metodológicas contribuyendo, de forma activa, en el movimiento de los indicadores sociales (Setién, M.L., 1993: 25). De entre ellos, destaca la labor desarrollada por la **Organización de Cooperación y Desarrollo Económico** (OCDE) y el Departamento de Asuntos Económicos y Sociales de **Naciones Unidas** pues fueron éstos quienes aportaron las directrices metodológicas para la sistematización de la información estadística, así como el procedimiento para abordar el análisis social de los mismos (INE, 1994: 9; Zarzosa, P., 1996: 37). A su vez, y para ambos organismos, el informe del Secretariado del Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas, *Definición Internacional y Medida de los Niveles de Vida*[14], marcaría su línea de trabajo.

14. ONU, 1960: International Definition and Measurement of Levels of Living. New York, citado por Pena, B., 1977, Op. cit., pp. 22.

El Consejo de la **OCDE** en 1970 declara que "el crecimiento no es un fin en sí mismo, sino, sobre todo, un medio para crear condiciones de vida mejores" (OCDE, 1985: 5). Este fue el punto de partida que marcaría el programa de elaboración de los indicadores sociales constituyendo en 1971 un Grupo de Trabajo con el objetivo de que lo pusiera en marcha. Desde entonces, han sido muchos los documentos realizados para tal fin, uniéndoles a todos el interés por depurar un sistema de indicadores sociales capaz de medir el bienestar social. La elaboración del programa se demoró en el tiempo concluyendo en 1986 con la publicación de *Les Conditions de Vie Dans Les Pays de L'OCDE. Recueil d'Indicateurs Sociaux*[15], en donde se recoge los valores de los indicadores sociales de los países miembros para el periodo 1950-1980 (Zarzosa, P., 1996: 40).

La OCDE a lo largo de la década de los 90 ha diversificado su interés desarrollando programas de indicadores específicos según áreas de aplicación. Desde 1990, por ejemplo, y a través del Centro para la Investigación y la Innovación de la Educación (CERI) trabaja en el *Proyecto de Indicadores Internacionales de la Educación* (Montiel, A,M., y Rivas, T., 1997: 82). El objetivo del proyecto es la elaboración de medidas estadísticas de carácter genérico que orienten a los países en sus labores de planificación y gestión de la oferta educativa y, seguimiento de la calidad y eficacia de los sistemas educativos. El proyecto incluye una colección de indicadores de resultados e indicadores de recursos.

Por su parte, y de la misma manera que ocurrió con el programa llevado a cabo por la OCDE, el interés por los indicadores sociales en **Naciones Unidas** (ONU) tiene su origen en el informe, ya apuntado, *International Definition and Measurement of Levels of Living*. El informe subraya la importancia, y la necesidad, de contar con un sistema de indicadores sociales que facilitara las comparaciones internacionales. Incluye la metodología básica que inicialmente desarrollaron estos organismos para ser continuada por el movimiento de los indicadores sociales (Zarzosa, P., 1996: 41).

El desarrollo de los indicadores sociales en Naciones Unidas, ha sido promovido en el seno de la Comisión de Estadística del Consejo Económico y Social a través de la elaboración del *Sistema de Estadísticas Demográficas y Sociales* (SESD)[16]. El hecho de que el programa de la ONU tenga como referente un marco más amplio, como es el de la SESD, ha facilitado la definición de un sistema de indicadores interrelacionado, factor que no se dio en el proyecto de la OCDE, por lo que su alcance, conceptualmente, es más limitado (Pena, B., 1977: 40-41).

15. OCDE, 1986: Les Conditions de Vie Dans Les Pays de L'OCDE. Recueil d'Indicateurs Sociaux. París, OCDE, citado por Zarzosa, P., 1996, Op. cit., pp. 38.
16. Para un análisis de los indicadores de la ONU, ver Pena, B., 1977, Op. cit., pp. 28-44.

Los objetivos perseguidos por Naciones Unidas quedan expuestos en la introducción del informe *Hacia un Sistema de Estadísticas Sociales y Demográficas*[17]: estructurar la información social, servir de marco de referencia a los servicios de estadística nacional garantizando un conjunto de estadísticas sociales integradas (con fines comparativos) y, llegar a describir la situación y cambio de la colectividad siendo esta la base de las medidas de nivel de vida (INE, 1975: 3-4). El deseo de desarrollar un sistema de Indicadores sociales normativos como punto de referencia de las políticas tendentes a mejorar el nivel de vida, marca las diferencias respecto a los objetivos del proyecto de la OCDE, para quien el fin de los indicadores sociales debía tener carácter descriptivo, con independencia de que lo que describieran formara parte, o no, de las políticas sociales (Zarzosa, P., 1996: 42).

Desde 1973 la ONU edita documentos[18] en los que se van depurando el sistema de Indicadores sociales. Su metodología, muy similar a la de la OCDE y a la del INE, parte de la delimitación de diez áreas sociales de interés (identificadas a partir de las distintas fases del ciclo vital y las instituciones ligadas a cada una de ellas) proponiendo para cada una un listado de indicadores (ONU: 1975: 3-4).

Uno de los organismos especializados de Naciones Unidas, la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (**UNESCO**), desde 1967 y desde la División de Análisis Socioeconómico, desarrolla un sistema de Indicadores sociales que ha ido adaptándose a las vicisitudes del paso del tiempo (Setién, M.L., 1993: 29-30)[19]. En un principio (desde 1967 hasta 1972) dirige sus esfuerzos hacia la obtención de indicadores de recursos humanos; con posterioridad (1973-1976), el término Indicadores de recursos humanos es sustituido por el de Indicadores Sociales reconociendo el hecho de que el análisis del desarrollo y la manera de abordar la planificación pasaba por unificar la vertiente social y económica. A partir de 1974, la UNESCO centra sus intereses en el estudio de la *Calidad de Vida* dado el privilegiado papel que va adquiriendo tanto en la concepción como en la planificación de los cambios sociales.

17. Este informe es la traducción española del originario, ONU, 1975: Towards a System of Social and Demographic Statistics. Studies in Methods. New York. ONU.
18. Los documentos son: Towards a System of Social and demographic Statistics. Preliminary Version (1973); Système de Statisques Démographiques et Sociales (SSDS): Projet de Directives Concernant les Indicateurs Sociaux (1974); Towards a System of Social and demographic Statistics (1975) y Systems of Social and demographic Statistics: potencial uses and usefulness (1975), citados por Setién, M.L., 1993, Op. cit., pp. 26-27.
19. Dos son las obras que resumen las aportaciones en las fases identificadas: Toward a Systems of Human Resources Indicators for Less Developed Countries, dirigida por Z. Gostkowski en 1974 y, The Use of Socio-economics Indicators in Development Planning dirigida por N. Baster en 1976, citadas por Setién, M.L., 1993, Op. cit., pp. 29.

El **Banco Mundia**l iniciará en 1978 la publicación, con una periocidad anual, de la serie *Informe sobre el Desarrollo Mundial*. En esta publicación bajo la denominación “Indicadores de desarrollo mundial”, se presentan: datos económicos, sociales y de recursos naturales correspondientes a 209 países y diversas agrupaciones analíticas y geográficas de países (Banco Mundial, 1990, 1991, 1992, 1993, 1995, 1996, 1997, 1998 y 1999). También con alcance mundial se presenta el “**Programa mundial de indicadores**” que dirigido por Johan Galtung nace en 1973 con el propósito de diseñar un sistema de indicadores sociales de bienestar al margen de aquellos que solo les interesa reflejar el crecimiento de las sociedades (MOPU., 1979: 34).

Tras la participación inicial de la OCDE y la ONU, un tercer organismo internacional, se muestra interesado en desarrollar un programa de indicadores sociales. **La Comisión de la Comunidad Económica Europea**, inicia en 1975 su programa con *Social Indicators of the European Community* (Zarzosa, P., 1996: 45). La segunda parte del mismo se gesta en 1991 con *Retrato Social de Europa*, en donde se recogen los principales indicadores estadísticos que acompañados de gráficos y mapas describen la situación de los países miembros en un total de doce áreas de interés (Eurostat, 1991). Con anterioridad, y de forma alternativa, la Oficina de Estadística Europea presenta **“***Europa en Cifras***”** (EUROSTAT., 1988, 1989, 1992 y 1999) y el *Anuario Eurostat* (EUROSTAT., 1995, 1996 y 1997). Estas publicaciones presentan de forma sistematizada los principales indicadores económicos, sociales y culturales, con el objeto de ofrecer una visión comparativa diacrónica y sincrónica del estado de los países miembros. La Comisión, también participa en la medición de la Calidad de Vida a partir de las preguntas que sobre satisfacción general ante la vida y sentimiento de bienestar-felicidad ha introducido en los Eurobarómetros, con publicación semestral (Setién, M.L., 1993: 30-31). Es un acercamiento que sigue el paradigma culturalista al recoger indicadores subjetivos.

En el contexto Europeo el interés por el análisis social se tradujo en *Informes Sociales*[20] se tradujo en informes sociales y, en función del ámbito que los hizo propios, recibiría distintas denominaciones: en Alemania empezaron a conocerse como “Datos Sociales”; en Inglaterra la Oficina Central de Estadísticas en 1970 iniciará la publicación anual (excepcional, puesto que estas publicaciones suelen presentarse con mayor periocidad) de “Social Trends”; en Francia, el Instituto de Esta-

20. Los Informes Sociales son compilaciones de estadísticas y de Indicadores Sociales que, recogiendo las áreas de interés social, quieren manifestar el estado y el cambio vivido (desarrollo) por los mismos. Estos grandes campos o áreas de investigación social y los indicadores sociales que quedan reflejados, difieren de uno u otro Informe Social. Éstos varían no solo a lo largo del tiempo dentro de un mismo país, sino también, entre varios países pues se establecen en función de los objetivos de la sociedad a la que hacen referencia.

dísticas y Estudios Económicos (INSEE) publicará "Données Sociales"; y, en España lo harían como "Panorámica Social".

En España, el interés sobre esta nueva metodología de análisis social recayó, fundamentalmente, en instituciones privadas, todo lo contrario que en el resto de países para quienes las oficinas nacionales de estadística jugaron un importante papel en la publicación de Informes Sociales (Setién, M.L., 1993: 14; Zarzosa, P., 1996: 45). No obstante, de Miguel señala que en España a principios de siglo ya contábamos con fuentes estadísticas oficiales (del Instituto Nacional de Estadística y del Instituto de Reforma Social) que además de recoger información de contenido económico y demográfico también lo hacían sobre cuestiones de naturaleza social (FOESSA, 1967: 13). Sin embargo, esta tendencia se rompería a lo largo de las década 50-60, años en los que el INE (influenciado por el contexto desarrollista del momento) pasará a elaborar información de corte exclusivamente económico.

En 1966, coincidiendo en el tiempo con las aportaciones de Bauer, con la eclosión de investigaciones sobre indicadores sociales y, la crítica a los informes sociales en los que las referencias a ámbitos no económicos eran la línea característica, se presentará el primer *Informe Sociológico sobre la Situación Social en Españ*a publicado por la fundación FOESSA y dirigido por Amando de Miguel (FOESSA, 1966). Este fue el tercer informe de contenido social que se publica en España en el transcurso de un solo año. Con anterioridad fueron: *Plan CCB,* publicado en la primavera de 1965 por Cáritas España y, en octubre del mismo año, la *Ponencia de Factores Humanos y Sociales* del I Plan de Desarrollo (FOESSA, 1967: 12).

Dicho informe dio paso a que se propusiera, para el año siguiente, un concurso cuyo objetivo era la designación de un sistema de Indicadores Sociales. Fruto del concurso se publica Tres estudios para un sistema de Indicadores Sociales, en el que se recoge las aportaciones de Amando de Miguel, Juan Diez Nicolás y Antonio Medina Medina (FOESSA, 1967).

Al año siguiente, la Fundación FOESSA encarga a Salustiano del Campo la organización y dirección de una mesa redonda en donde poder debatir los tres sistemas de indicadores premiados. De ese encuentro, se publica en 1972, los *Indicadores Sociales a debate* (Campo, S. del, 1972). Con anterioridad, en 1970, FOESSA saca a la luz el *II Informe sociológico*. Su objetivo continua siendo el diagnóstico social e identificación de problemas bajo la perspectiva del cambio social. La metodología aplicada continua siendo empírica solventando, en este caso, las deficiencias que en el primero se detectaron (FOESSA., 1970).

Pese al estancamiento por el que en España estaba pasando el movimiento de los indicadores sociales la perseverancia desde el mundo académicos, de los movi-

mientos ciudadanos y, especialmente, la importancia creciente de las políticas sociales dirigidos a hacer frente a la aparición de nuevos desequilibrios sociales (envejecimiento de la población, pobreza y exclusión social, adecuación entre mercado de trabajo y formación, integración de la mujer al mercado laboral, y otros) han hecho que, de nuevo, se aprecie un resurgir de la sistematización en la elaboración y presentación de estadísticas sociales. Y es, en este contexto, donde debemos situar la participación del Instituto Nacional de Estadística a partir de este momento.

En 1975 fue el INE el primer organismo oficial que publica el primer informe social, *España, Panorámica Social 1974*, intentando subsanar las deficiencias y carencias que de información social había en España (INE., 1975). Este primer informe, y en ausencia de una directrices claras y precisas que guiaran la construcción de indicadores sociales, se limita a recopilar series estadísticas sociales. Con anterioridad, y también el INE, publicó, *Datos estadísticos de las provincias españolas* (INE., 1972) del que se recogerá el "índice agregativo de bienestar" para la monografía sobre Desarrollo Regional del III Plan de Desarrollo (Pena, B., 1977: 133).

En 1976, el Servicio Sindical de Estadística lleva a cabo una investigación, *Niveles de bienestar social*. En este ensayo se elabora un indicador complejo que permite evaluar el nivel de bienestar social en cada una de las provincias utilizando, para ello, datos fundamentalmente económicos de 1974 (Pena, B., 1977: 138-139).

Jose Antonio Carmona (Carmona, J.A., 1977) publica en el Centro de Investigaciones Sociológicas *Los Indicadores Sociales hoy*, en donde expone un punto de vista crítico ante la definición y el uso de los mismos proponiendo los requisitos a tener en cuenta a la hora de elaborar un sistema de indicadores sociales. También en 1977, Bernardo Pena saca a la luz *Problemas de medición del bienestar y conceptos afines (Una aplicación al caso español)*, del que cabe destacar: la exposición de distintas metodologías que hasta la fecha se habían aplicado en el análisis del bienestar social y, la presentación aplicada de su propio índice sintético de bienestar con el que compara el desarrollo alcanzado en las provincias españolas para el periodo 1964-1974 (Pena, B., 1977).

El Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo publica la *Encuesta sobre la calidad de vida en España* (MOPU, 1979). El estudio, además de repasar las investigaciones que en el seno de otros países se han llevado a cabo, se apoya en un enfoque culturalista evaluando, bajo un punto de vista subjetivo, las condiciones de vida.

La última etapa enunciada por Setién como el Periodo de desarrollo y perfeccionamiento, se desarrolla a partir de 1976 y llega hasta nuestros días. Ésta hereda

no solo una prolija bibliografía fruto del interés suscitado por contribuir metodológicamente al análisis y cuantificación de los fenómenos sociales. El periodo que se inicia en 1976 deberá abordar y subsanar la crítica más tenaz que sobre el movimiento de los indicadores sociales recae de un modo persistente, esto es, la ausencia de un marco teórico que valide las distintas propuestas de sistemas de indicadores sociales (Casas, F., 1989: 38-39)[21].

En este periodo contamos con las aportaciones, en el ámbito español, de García-Durán de Lara y Puig Bastard (1980), *La calidad de vida en España. Hacia un sistema de Indicadores Sociales,* en donde además de repasar la problemática que envuelve a la medición de la calidad de vida propone un sistema de 24 indicadores sociales objetivos apoyados en series estadísticas periódicas (García-Durán., J. y Puig, P.,: 1980).

En 1989 Ferrán Casas en *Técnicas de investigación social: los indicadores sociales y psicosociales*, diseña un sistema de indicadores sociales para evaluar el riesgo en la infancia (Casas, F., 1989). A su aplicación le precede un riguroso rastreo bibliográfico en torno a los antecedentes del movimiento de los indicadores sociales y otras cuestiones afines.

Las más recientes aportaciones las debemos al INE que en 1991 recupera el interés por la elaboración de estadísticas sociales ya esbozado en 1975. La editorial toma la decisión de publicar anualmente[22], y de modo alternativo, dos proyectos distintos pero complementarios: *Indicadores Sociales* (INE., 1991, 1997, 1999) que tiene como objetivo aunar una serie de datos estadísticos con carácter comparativo; y, *Panorámica Social* (INE., 1994), que quiere recoger de una forma más detallada el diagnóstico, tendencia y descripción de los fenómenos sociales que subyacen en las serie estadísticas.

En los tres números de *Indicadores Sociales* con los que contamos hasta la fecha la presentación ha sido similar: una primera parte se dedica expresamente a la

21. Uno de los problemas de fondo que en general ha debido afrontar, y sigue afrontando, la medición en CCSS, es la debilidad teórica, y en consecuencia, la vaguedad de los conceptos teóricos de los que partimos. Esta "debilidad" se manifiesta en la inexistencia de una relación "clara" respecto al nivel de medición a utilizar, lo que induce, indirectamente, a la elección de técnicas que lejos de descubrir la función latente de las variables, las "encaja" en los modelos de mayor capacidad explicativa. Es esta la situación que nos conduce a la arbitrariedad en la medición en CCSS.
22. Pese a que la propuesta inicial concebía la publicación de forma bianual alternando los dos proyectos pronto se constató que éste era un objetivo demasiado ambicioso (INE., 1997, Op. cit., pp. 25). A partir de entonces se decide que estas publicaciones, de carácter más generalista, se espaciarán en el tiempo y que además serán complementadas por informes puntuales en los que poder desarrollar con precisión y detalle temas actuales y de interés así como fuentes estadísticas de relevancia.

relación de los indicadores sociales; mientras que la segunda incluye un monográfico dedicado a las disparidades económico-sociales de las provincias y comunidades autónomas españolas (salvo el último, que contrasta los principales indicadores españoles con los de países iberoamericanos). Estos monográficos, a su vez, entroncan con la publicación que en 1986 publica también el INE, *Disparidades Económico-Sociales de las Provincias españolas. Ensayo de Análisis de Componentes* (INE., 1986).

En líneas generales, el proyecto del INE se inscribe en el proceso general del movimiento de los indicadores sociales que venimos describiendo. Su objetivo manifiesto es la medición del bienestar adoptando, metodológicamente, las directrices enunciadas por la OCDE y la ONU. Son informes sociales de carácter general que hay que diferenciar de otros informes propios de organismos especializados y que buscan, de la mano de los indicadores sociales, incidir en un aspecto particular. El proyecto enunciado por el Instituto de la Mujer bajo el título *Propuesta de un sistema de indicadores sociales de igualdad entre géneros*, es un buen ejemplo (Instituto de la Mujer, 1993). En él se recoge una relación de indicadores específicos para estudiar las diferencias entre género.

Ana Mª Olivera señala que a partir de 1985 se ha producido un cambio cuantitativo, cualitativo y temático en torno a los indicadores sociales motivado por el cúmulo de una serie de circunstancias, a saber:

• Los múltiples foros internacionales[23] que han tenido lugar a lo largo de la década de los 90 han constatado la creciente polarización social a nivel mundial. Se cuestiona que el crecimiento económico sea un fin en sí mismo, no solo por las consecuencias ocasionadas por una economía de mercado, sino también porque además no siempre se produce una correlación entre crecimiento económico y desarrollo social.

• Se intenta desarrollar indicadores de bienestar social a partir de los cuales diferenciar, territorialmente, niveles de bienestar.

• Nuevos conceptos y proyectos como los de ciudades sostenibles y saludables no cuentan con indicadores de medición y de evaluación.

23. Cumbre Mundial sobre la Infancia (1990); Segunda Conferencia sobre países menos adelantados (1990); Conferencia sobre Medio Ambiente y Desarrollo (Río de Janeiro, 1992); Conferencia Europea sobre la Exclusión Social (Copenhague, 1993); Conferencia sobre Población y Desarrollo (El Cairo, 1994); Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social (Copenhague, 1995); Cuarta Conferencia Mundial sobre la Mujer (Pekín, 1995); Segunda Conferencia sobre Asentamientos Humanos Hábitat II (Estambul, 1996).

• Se propone recuperar los indicadores de salud como indicadores socioeconómicos indirectos. Además, en distintos foros se señala la importancia de contar con indicadores globales de salud para evaluar el estado de la misma a nivel mundial.

• Nuevos movimientos sociales reivindican nuevos derechos a los que habrá que dotar de mecanismos de medición y seguimiento. Los movimientos feministas han jugado un papel importante al reivindicar indicadores de diferenciación socio-espacial por género. Esta primitiva reivindicación ha propiciado que los indicadores dejen de ser globales, macrosociales, para pasar a diferenciarse por grupos. Nuevas realidades como el envejecimiento de la población, las particularidades de jóvenes y niños,... requieren de una serie de indicadores específicos. Se enuncian nuevos indicadores que quieren reflejar nuevos contextos sociales[24] (índice de desarrollo humano, índice de sufrimiento humano, índice de pobreza, índice de riesgo reproductivo, índice de educación femenina,...).

• Los indicadores tienden a considerar conjuntamente las dimensiones espacio-tiempo en sus definiciones.

• El nivel de aplicación microsocial cobra protagonismo en aquellos casos en los que la generalidad o análisis macrosocial no evidencia la realidad.

• Por último, las posibilidades que brinda la informática, y la informatización de los datos abre las puertas a la construcción de indicadores complejos, superando los indicadores simples al uso (Olivera, A., 1992: 694-701).

Pese a la crítica constante en torno a la funcionalidad y operatividad de los indicadores sociales, el resurgir de éstos (a tenor del número de publicaciones registradas) en la última década del siglo, es un hecho que no debe pasar desapercibido entre aquellos que vaticinaron la extinción de esta metodología. A lo largo de esta década han sido muchas las obras que desde sedes distintas se han servido de los indicadores como instrumento para la descripción y el análisis de la realidad social.

Los Informes Sociales, de la década de los 90, no solo los encontramos vinculados a los organismos nacionales o autonómicos encargados de la producción y elaboración de Sistemas de Información Estadística. En estos años se ha registrado un considerable número de publicaciones de este tipo, identificando en ellas distinto alcance y contenido, lo que demuestra que el movimiento de los indicadores lejos de difuminarse (a pesar de las limitaciones arrojadas sobre los mismos y que re-

24. Una buena muestra de el seguimiento y puesta al día de los indicadores sociales se aprecia en los Informes sobre el Estado de la Población Mundial que anualmente publica Naciones Unidas en el Fondo de Población de Naciones Unidas (FNUAP).

cogemos en un apartado de este capítulo) sigue vigente, sometiéndolo a una constante y continua aplicación fruto de la cual se van revisando.

En la esfera institucional ya hemos enunciado las aportaciones que en el ámbito nacional está llevando a cabo el Instituto Nacional de Estadística. A nivel autonómico hay que señalar el estudio coordinado por Manuel García Ferrando, *La sociedad valenciana de los 90* (García Ferrando, M., 1992), en el que se ofrece el cambio que la sociedad valenciana ha vivido en las últimas décadas.

Las investigaciones llevadas a cabo, en esta década, por el **Centro de Investigaciones sobre la Realidad Social** (CIRES), *La realidad social en España* (CIRES., 1990-91, 1994-95 y 1995-96); el **Centro de Estudios del Cambio Social** (CECS), *España 1994, una interpretación de la realidad social* (CECS., 1995); y, las dirigidas por **Amando de Miguel**, *La sociedad española*, (Miguel, A. de, 1993, 1994, 1995, ...), son buenos ejemplos de Informes Sociales producidos por agencias privadas o instituciones en los que se evidencia una mayor aportación de análisis sociológico, aunque siempre vinculada, de alguna manera, con la tradición de los indicadores sociales.

2.- El Indicador Social: del movimiento de los indicadores sociales a las Ciencias Sociales

En torno al concepto de "Indicador Social" se percibe un clima de incertidumbre y ambigüedad, extensible al conjunto de aspectos metodológicos y teóricos ligados a la noción de "indicador".

Pese a que entender cuál es el contenido y alcance de un Indicador es algo relativamente sencillo, "lo que da señal o cuenta de algo concretándolo"[25], no existe consenso a la hora de definirlo. Algunos autores, han señalado que las diferencias semánticas responden al contexto en el que son inmersas. Así, Pena Trapero afirma que "la definición de un indicador social no es única y que depende, en gran medida, de lo que se pretende conseguir con su utilización" (Pena, B., 1977: 256).

Puesto que es cierto que en la literatura encontramos un importante número de definiciones, hemos optado por organizarlas en torno a dos puntos de vista (dos perspectivas históricas) diferenciadas por la finalidad perseguida en su aplicación.

25. Enciclopedia Universal Ilustrada. Madrid, Espasa-Calpe, Tomo 28, pp. 1295.

Por ello, y en aras de una primera aproximación conceptual del término indicador[26], podemos situar las distintas definiciones en torno al núcleo constituido por el movimiento de los Indicadores Sociales y/o el de las Ciencias Sociales.

Como ya hemos descrito, el movimiento de los indicadores sociales alcanza su cenit en los años sesenta. En esta década, e internacionalmente, se despierta el interés por controlar el devenir de la sociedad, fruto del desarrollo económico que en estos años se vive, para el que es necesario conocer facetas de la vida social que escapan a las contabilidades económicas (Miguel, A. de, 1967: 11-12). La importante demanda que en torno a los indicadores sociales se va a dar viene de la mano de los Informes Sociales: "Cuando se tienen que describir, analizar, valorar, los fenómenos sociales, enseguida surge la necesidad de cuantificar de algún modo dichos fenómenos, y los indicadores sociales son la forma adecuada de llevar a cabo esa cuantificación" (Pena, B., 1977: 255).

En este contexto, los indicadores tienen una **finalidad operativa**, orientada a la planificación. En primer lugar les interesa conocer cuál es la estructura y dinámica socio-económica del país o zona sometida a examen para prevenir y controlar situaciones problemáticas y conflictivas (FOESSA, 1967: 8).

No obstante, en el seno del "movimiento" se advierte la ausencia de consenso en torno a la finalidad última de, en general, la medición de lo social (INE., 1994: 4). Por un lado se encuentran aquellos que defendían que los Informes Sociales, y con ellos los indicadores sociales, deben estar al servicio del análisis de políticas sociales; mientras que un segundo enfoque, menos considerado, pone el acento en dirigir esta información no a fines políticos sino al usuario en general cubriendo así los requerimientos democráticos de conocer e interpretar libremente la información.

Recogida la matización, en el seno del movimiento de los indicadores sociales se produce lo que Carmona ha denomina como "un autor, una definición" aunque siempre situadas en torno a la finalidad operativa apuntada (Carmona J. A., 1977: 28-29). Es ésta la primera controversia a la que debe enfrentarse el movimiento de los indicadores sociales y, que les llevará, hasta mediados de la década de los 70 (Setién, M.L., 1993: 38). A partir de entonces, y una vez superada esta carga conceptual, el interés se centra en cuestiones metodológicas y técnicas.

De las dieciocho definiciones recogidas por Carmona reproducimos la de Bauer (1966)[27] al ser éste uno de los pioneros del movimiento de los indicadores social y

26. La aproximación conceptual al término Indicador se completa en el apartado 3 de este Capítulo, Clasificación de los Indicadores Sociales: una segunda aproximación al concepto de Indicador Social. En él se abordan distintas tipologías y la concepción asociada a las mismas.
27. Bauer, Raymond (ed) 1966: Social Indicators, Cambridge, Mass: the M.I.T. Press, citado por Miguel A. de 1967, Op. cit., pp. 18.

un clásico que no hay que obviar (Carmona, J. A., 1977: 28-29):

> Los indicadores sociales son los medios por los que una sociedad puede afirmar donde se encuentra en la actualidad o donde estuvo y proporcionan una base de anticipación más que de previsión, en lo que concierne a nuestra evolución en un cierto número de dominios o campos sensibles del bienestar social.

Para Carmona ninguna de las definiciones expuestas reúne las condiciones necesarias para su formulación, de ahí que recoja y analice la definición del grupo del proyecto "Doris"[28] en un intento por recopilar en una sola definición rasgos comunes:

> Un indicador social es la medida estadística de un concepto o de una dimensión de un concepto o de una parte de aquella, basado en un análisis teórico previo e integrado en un sistema coherente de medidas semejantes, que sirvan para describir el estado de la sociedad y la eficacia de las políticas sociales.

El hecho de que unas definiciones enfaticen aspectos ignorados por otras, no es tan relevante como que del conjunto de ellas, se consolida el **enfoque tecnológico-análitico** (se vincula investigación social con técnicas) superando, de este modo, el **enfoque técnico-descriptivo** (Casas, F., 1989: 48-49). Este último, se desprende de definiciones como la de la OCDE (OCDE., 1982: 24):

> Un indicador social es una medida estadística directa y válida que permite observar el nivel y las variaciones en el tiempo de una preocupación social.

El papel de los indicadores sociales como recopiladores de información sobre aspectos de la dinámica social también es compartido por la ONU y así lo refleja cuando los presenta como (ONU., 1975: 30):

> (...) construcciones, basadas en observaciones normalmente cuantitativas, que nos dicen algo acerca de un aspecto de la vida social en el que estamos interesados o acerca de los cambios que están teniendo lugar en él.

28. Gobierno de Quebec: El Proyecto Doris (Dossiers Régionaux et Indicateurs Sociaux), citado por Carmona, J.A., 1977, Op. cit., pp. 30.

Paralelamente en el tiempo, aunque intelectualmente no compartieron experiencias dada las escasas referencias que entre ellos se cruzaban, la noción de indicador como aproximación a la medición de los fenómenos sociales se daría en el seno de las Ciencias Sociales en general y, en la Sociología Aplicada[29], en particular (Casas, F., 1989: 75-76). El **enfoque metodológico-conceptual**[30] se opone a la praxis del movimiento de los indicadores sociales en tanto que éste parte de la relación que el indicador mantiene con una dimensión conceptual de alguna teoría social. Su desarrollo no viene dado por intereses operativos, sino más bien deriva de las necesidades metodológicas inherentes a las ciencias bases y/o aplicadas (Casas, F., 1989: 111).

El interés por medir los fenómenos y relaciones sociales no es exclusivo del movimiento de los indicadores sociales, aunque fuera éste su mejor caja de resonancia. En CCSS es a **Durkheim** a quien debemos las primeras aplicaciones del término, si bien es cierto que no lo haría con el alcance con el que hoy se aborda. En *Las reglas del método sociológico*, Durkheim otorga un sentido literal, y no científico, al concepto de indicador al referirse a ellos como "pistas pre-científicas" (Durkheim, E., 1997: 62). Es en *El Suicidio* donde Durkheim da muestra de su destreza en el análisis de información secundaria. A partir de estadísticas en las que se recogen distintos aspectos relacionados con el suicidio, elaborará una serie de índices de suicidio (aunque él nunca los denominaría con este término) que, como variaciones en las proporciones de suicidios, le sirvió para llevar a cabo una estudio empírico comparativo en varias sociedades europeas (Durkheim, E., 1989).

No sería hasta la obra de **Merton**[31] y más en concreto a **Lazarsfeld** (interesado por desarrollar una sociología empírica), cuando la noción de "indicador" vivirá su máximo desarrollo en el seno de las Ciencias Sociales. Sin embargo, el uso e importancia que respectivamente le otorgaron difiere considerablemente: mientras que para Merton los indicadores son "instrumentos ligados a la operacionalización de un concepto"; para Lazarsfeld son "datos observables relacionados con la estructura latente de un concepto"; y, mientras Lazarsfeld no dedicará excesivos esfuerzos al concepto (remitiéndose a la obra de otros autores)[32], sí que lo haría Merton (Casas, F., 1989: 77-79).

29. La Sociología aplicada hay que entenderla como la "actividad científica que se encarga de enunciar variables significativas que sirven para conocer mejor la estructura de las sociedades y grupos a los que hacen referencia" (Miguel, A., de 1967, Op. cit., pp. 11).

30. El enfoque o análisis conceptual será un punto de referencia importante en esta Tesis, pudiendo encontrar una exposición detallada del mismo en el Capítulo 4, La construcción de los Indicadores e Indices Sociales.

31. Merton señala los esfuerzos de Durkheim en la aplicación de los indicadores en el análisis empírico. No obstante, reconoce que la aportación empírica de Durkheim debía ser desarrollada con

Por otro lado, mientras que el origen del movimiento se vincula con el interés por evaluar la calidad de vida, las primitivas aplicaciones del concepto en sociología las encontramos en los estudios de *estratificación social*. Los estudios de estratificación social, desde la perspectiva del cambio, se inician con la Escuela de Chicago en las primeras décadas del presente siglo[33]. Posteriormente, Merton propone la necesidad de contar con indicadores sociales en los estudios de clases sociales (Merton, R., 1987: 243-245). Merton, se anticipa al debate que con el tiempo se produjo en el seno del movimiento: considera como indicadores subjetivos las apreciaciones recogidas a través de la encuesta, y plantea la necesidad de combinar tanto los indicadores objetivos como los subjetivos.

De todas las diferencias que separan a ambas perspectivas, es la distinta concepción sobre el proceso de acercamiento al conocimiento de la realidad social, la que más les separa, encontrando en ella, las diferencias conceptuales más reveladoras:

- El movimiento de los indicadores sociales procede al acercamiento de la comprensión social aplicando el método inductivo donde las observaciones y la medición preceden al concepto a evaluar. Para éstos, lo "indicado" es la "realidad".

- Para la ciencia social básica o aplicada el método seguido es el deductivo en donde el concepto precede a la observación y medición y para los que lo "indicado" por el "indicador" es el "concepto" y no la realidad (Casas, F., 1989: 85-99).

Por lo expuesto, el concepto de indicador no significa lo mismo para el enfoque **tecnológico-analítico** que para el **metodológico-conceptual**: mientras que para el primero son "datos obtenidos de la observación empírica, que relacionarán con un concepto"; para los segundos son "equivalentes empíricos de una dimensión de un concepto".

La significación que otorgan al binomio concepto-indicador es la que marca las diferencias en ambas perspectivas: para las Ciencias Sociales el concepto ocupa un

mayor precisión: el concepto de anomia, introducido por Durkheim, para ser utilizado en la investigación empírica, debía ir asociado a indicadores sociales (Merton, R., 1987, Op. cit., pp. 341-343).

32. Son frecuentes sus referencias a W. James, a Max Weber, a Henderson, a Guttman y a Zeisel. Citados por Casas, F., 1989, Op. cit., pp. 78.

33. Para una lectura más pormenoriza al respecto ver la exposición del apartado 6.1 de este mismo Capítulo (Indicadores e Indices Sociales y Modelos Urbanos).

papel preferente en sus definiciones y así lo reflejan las definiciones que exponemos a continuación.

Diez Nicolás define a los indicadores sociales como (Díez Nicolás, J., 1967: 195):

> (...) un signo (propiedad, atributo, variable) mediante la cual nos aproximamos al conocimiento de cierta propiedad de un objeto que, conceptualmente, no podemos medir directamente. (...). Los indicadores, por consiguiente, son parte de un concepto, concepto que no podemos medir directamente (...).

Para Pedro González Blasco los indicadores sociales deben reunir dos requisitos: estar relacionado con el concepto o dimensión del concepto que intenta medir y ser una expresión numérica de lo que quiere medir. A partir de estas condiciones define a los indicadores sociales como (González, P., 1994: 283):

> (...) instrumentos de medida que concretan las observaciones y hacen medible cuantitativamente las dimensiones del concepto considerado.

Estas tendencias que aparecen en el tiempo tan desvinculadas encuentran puntos de unión, por lo menos en lo que respecta al contexto español, a partir de los informes sociales publicados por la Fundación FOESSA. La Fundación manifiesta el interés por dibujar un sistema de indicadores sociales al servicio de la sociedad, y en los que se refleje la situación socio-económica del país en aras de una mejor y mayor planificación.

Para conseguirlo recurrirá al saber hacer de la Sociología Aplicada desfigurándose lo que hasta entonces había sido su línea de trabajo: la sociología deja la perspectiva dialéctico-teórica, en torno a las estructura y dinámica de las sociedades, para poner al servicio de las instituciones su lógica científica (Moya, C., 1972: 172). La aportación sociológica, y con ella el uso de los indicadores sociales, a los informes sociales de los sesenta marcará el inicio del "nuevo estilo" en investigación social. La nueva metodología mantiene formalmente el binomio concepto-indicador (enfoque metodológico-conceptual), pero en la práctica el concepto teórico se sustituye por el dato empírico (enfoque técnico-cuntitativo).

Las investigaciones orientadas a resolver problemas, la toma de decisiones, y/o valoraciones de programas de actuación social, adquieren verdadero protagonismo, y así lo refleja Amando de Miguel quien al referirse a los indicadores sociales dife-

rencia perfectamente lo que es un *indicador social* de una *estadística*, definiéndolos como (Miguel, A. de, 1967: 18):

> (...) aquellos aspectos de la observación de una sociedad global, cuya medición incide significativamente en la toma de decisiones de los planificadores. Se trata, en otras palabras, de la utilización científica de datos observables con un fin aplicado (...).

Las estadísticas han hecho las veces de indicadores sociales hasta que a éstos últimos se les ha otorgado un mayor valor informativo, fundamentalmente, en la reflexión teórica y en el desarrollo de un esquema explicativo (Carmona, J.A., 1977: 32). Actualmente el término indicador tiene un sentido más restrictivo en tanto que no solo evidencia la realidad económica, sino también los aspectos totales de estructura y cambio en una sociedad (Miguel, A. de 1967: 14). Esta separación semántica entre estadísticas e indicadores sociales hace que Setién distinga entre el *Paradigma Empírico y Estadístico* (asociado con las primeras aportaciones estadísticas de Ogburn a principios de siglo) y los *Paradigmas Normativistas, Culturalistas y de Cambio Social,* que se consolidan en el periodo de cristalización del movimiento (vinculados con el análisis social de series estadísticas o datos cuantitativos clasificados en campos de interés).

Por su parte, los autores congregados por Salustiano del Capo manifiestan una postura mucho más funcionalista. Si José Ramón Torregrosa define a los indicadores sociales como "definiciones operativas que pueden ser útiles en investigaciones empíricas concretas" (Torregrosa, J.R., 1972: 159); Carlos Moya definirá a los *sistemas de indicadores sociales* como "definiciones operacionales que, de un modo sistemático, hacen posible determinar en términos cuantitativos el campo de datos que constituye el ámbito empírico correspondiente a un cierto concepto o variable" (Moya, C., 1972: 169).

Por último, y en nuestro intento de ofrecer una panorámica general de las distintas acepciones que en torno al concepto de indicadores sociales se han dado, y sin lugar a dudas seguirán registrándose, concluimos este apartado con la definición apuntada por el Instituto Nacional de Estadística (INE), al ser éste un importante referente en nuestra investigación. El INE, bajo un punto de vista operativo define a los indicadores sociales como (INE, 1991: 13):

> (...) compendios de datos básicos que dan una medida concisa de la situación y cambios relativos a aspectos de las condiciones de vida de la población que son objeto de preocupación social.

mientras que bajo una perspectiva metodológica los define como (INE, 1991: 13):

> El indicador aparece como una variable manifiesta, observable o empírica, de la que es posible inferir otra variable, teórica, subyacente o no inmediatamente observable, representada por aquella.

3.- Clasificación de los Indicadores Sociales: Una segunda aproximación al concepto de Indicador Social

A la hora de abordar una clasificación y/o tipificación en torno a los indicadores volvemos a encontrarnos con la situación ya apuntada. García-Durán de Lara y Puig Basterd, refiriéndose a los indicadores sociales, declaran que "las diversas varuantes pueden responder a motivaciones distintas respecto al tipo de modelo en que quieren incluirse" (García-Durán, J. y Puig, P., 1980: 108). Así, y parafraseando a Carmona, tenemos por "un autor, una clasificación".

Esta ambigüedad, lejos de convertirse en un dificultad añadida a nuestra exposición, se convierte en una ventaja pues los autores al enunciar su particular clasificación la hacen acompañar por sus correspondientes definiciones, lo que nos lleva a completar las "nociones" que en torno a los indicadores ya recogimos en el apartado precedente.

Ante la no unificación de criterio, Carmona opta por una clasificación, genérica, a modo de " vocabulario específico de los indicadores sociales" en la que recoge las clasificaciones apuntadas por un nutrido número de autores:

- Un indicador ***cuantitativo*** (u ***objetivo***) se opone a uno ***cualitativo*** (o ***subjetivo***) en tanto que los primeros miden los aspectos externos visibles, los segundos indagan en las concepciones de los individuos y grupos[34].

- Los indicadores ***simples*** se enuncian a partir de estadísticas sencillas y disponibles sobre un fenómeno o población puntual. La agregación de los indicadores simples (como índices de las partes de un todo) nos lleva a los ***complejos***, principales o agregados, los que sintetizan una situación global[35].

• En tercer lugar, diferencia entre: indicadores ***absolutos*** (describe una condición dentro de un umbral científicamente establecido); indicadores ***relativos*** (miden la posición relativa de los grupos respecto a parámetros arbitrarios como los ingresos); y, los ***autónomos*** (describen el contexto del ámbito para el que han sido definidos y no son válidos para otros ámbitos[36].

• Los indicadores ***descriptivos*** se diferencian de los ***analíticos*** en que su objetivo es describir situaciones y cambios sociales, mientras que el de los analíticos es identificar relaciones entre los primeros[37].

• Los indicadores ***internos*** describen el producto de una actividad del sistema, mientras que los ***externos*** miden la actividad de varios dominios[38].

• Por último, los indicadores de ***objetivo*** cuantifican lo que se quiere realizar en un campo determinado para evaluar los resultados obtenidos; los indicadores ***de medio*** evalúan los medios movilizados para conseguir la acción anhelada y, los indicadores ***de producto*** cuantifican las salidas del sistema (Carmona, J.A., 1977: 49-51)[39].

A partir de esta clasificación genérica, y uso más universal, podemos situar la labor de los distintos autores que en sus proyectos han trabajado y desarrollado, directa o indirectamente, con alguna de las tipologías enunciadas. Es el caso, por ejemplo, de Salustiano del Campo que hace suya la tipificación que diferencia entre indicadores *absolutos*, *relativos* y *autónomos* (Campo, S., del 1972: 20); o el de Amando de Miguel quien a partir de una tabla de doble entrada refleja seis tipos de indicadores derivados del cruce de: por un lado, el tipo de indicador objeto del estudio (*descriptivo* o *analítico*); y, por el otro, del tipo de dato con el que contamos (primarios, secundarios y/o análisis secundario de los datos).

34. Conseil Economique du Canada, 1974: Objectifs économique et indicateurs sociaux, Exposé Annuel, Information Canada, pp.13, citado por Carmona, J.A., 1977, Op. cit., pp.49.
35. Bienay-Me, A., 1972: "Rapport du groupe technique le modèle fifi", en Commissariat Général au Plan, Documentation Française, París, pp. 178-179, citado por Carmona, J.A., 1977, Op. cit., pp. 49.
36. Kamrany, N.M., y Christakis, A.N., 1969: "Social indicators in perspective" en Internactional Seminar on Statistics and the Future of Human Settlements, pp.211, citado por Carmona, J.A., 1977, Op. cit., pp. 50.
37. Land, K., 1975: Social indicator models: an overview, Russell Sage Foundation, pp. 17, citado por Carmona, J.A., 1977, Op. cit., pp. 50.
38. Cecconi, O., 1972: "Pourquoi les indicateurs sociaux", Economie et Humanisme, nº 206, julio-agosto, pp.53-54, citado por Carmona J.A., 1977, Op. cit., pp. 51.
39. Martin, G., 1975: "L'expérience française de planification sociale", Revue Internationale des Sciences Sociales, vol. XXVII, nº 1, pp. 110-111 y 116, citado por Carmona, J.A., 1977, Op. cit., pp. 51.

Tabla 3.1:

Tipología de Indicadores Sociales según el objeto de estudio y dato disponible

Tipo de Indicador	Tipos de Datos en los que se va a utilizar		
	Datos Secundarios	Datos Secundarios de Datos Primarios	Datos Primarios
Descriptivo	A	C	E
Analítico	B	D	F

Fuente: Miguel, A. de, 1967: "Primer estudio de indicadores sociales" en Fundación FOESSA, Tres estudios para un sistema de indicadores sociales. Madrid, Euramérica, pp. 18.

Ofrece, pues, una tipología más compleja en la que sus seis indicadores los describe como sigue (Miguel, A. de, 1967: 18):

- El **tipo A**: comprende generalmente la presentación de variables estadísticas (censales, fundamentalmente demográficas o económicas) que van a ser utilizadas como "variables independientes" (...).

- El **tipo B** supone una manipulación más fina de esas variables estadísticas (...).

- El **tipo C** consistiría en el reanálisis de los "datos marginales" de estudios no explotados plenamente por los investigadores que lo llevan a cabo.

- El **tipo D** supone el anterior, pero con una mayor profundidad de análisis.

- El **tipo E** consiste en el "análisis de marginales" (...).

- El **tipo F** es el de mayor profundidad analítica, el más flexible y también el más difícil de manipular. Es, en esencia, el contenido de la mayor parte de las investigaciones sociológicas de primera magnitud.

> • Los tipos A, B y C (...) en el lenguaje profesional (...) se denominan datos o indicadores "blandos" (...), frente a D, E y F, que serían los "duros"[40].

Setién aborda la cuestión conceptual atribuyendo las diferencias a los distintos paradigmas consolidados dentro del movimiento de los indicadores sociales. Las diferencias conceptuales vienen dadas por el marco desde el cual se enuncian, a saber: paradigma Normativista, paradigma Culturalista y el paradigma del Cambio Social. La vinculación entre paradigmas y definición de indicador social viene determinada por la tipología de indicadores que éstos manifiestan y queda como sigue.

Del paradigma Normativista derivan los ***indicadores normativos de bienestar***. Bajo este punto de vista los indicadores miden los objetivos para los que se ha planificado y los definen como (Setién, M.L., 1993: 39):

> (...) una medida orientada que indica la dirección correcta-incorrecta sobre algún aspecto social, sobre el que, de antemano, existe consenso, respecto de su bondad para el bienestar de la sociedad.

Los ***Indicadores de satisfacción*** proceden del segundo de los paradigmas, esto es, del culturalista. Este punto de vista señala la importancia de canalizar las necesidades a través de una vía directa de información (medidas de satisfacción sentida). El indicador social se concibe como (Setién, M.L., 1993: 39):

> (...) aquel que mide la realidad subjetiva que vive la gente, la satisfacción psicológica, felicidad y plenitud de vida.

Olivera ofrece una definición mucho más generalista, atendiendo al tipo de característica al que hace referencia. Así, las diferencias quedan resumidas en el cuadro adjunto (Olivera, A., 1997: 690-693):

40. Las negritas son nuestras.

Tabla 3.2:
Clasificación de los Indicadores Sociales atendiendo a las caracteríticas que hacen referencia

Característica	Indicador/es
Datos utilizados en su elaboración	Cuantitativos (QI) No cuantitativos (NQI)
Tipo de medida	Objetivos Subjetivos
Forma de cálculo	Simples Compuestos o sintéticos
Variables consideradas	Económicos Sociales Demográficos Culturales De salud Medioambientales
Escalas espaciales	Macro (grandes regiones mundiales, países) Meso (regionales, provincias) Micro (local, infralocal)
Escalas sociales y categorías	Clases sociales Grupos (género, discapacidad,...) Individuos
Relación con el tiempo	Fijos o sincrónicos Dinámicos
Escalas temporales	Datos diacrónicos (distinta periorización) Datos de encuestas esporádicas

Fuente: Elaboración propia.

Por último, del paradigma del Cambio Social se deducen los ***indicadores descriptivos del cambio***. Los indicadores, y a partir del análisis de series estadísticas, deben describir y explicar el cambio vivido en cada una de las parcelas sociales (Setién, M.L., 1993: 40):

> Los Indicadores Sociales miden los principales rasgos de la sociedad, su interrelación y cambio. Proporcionan un conocimiento cuantitativo sobre las condiciones y los procesos sociales que permiten la descripción de las tendencias de cambio.

Las denominaciones paradigma normativo, culturalista y del cambio social son las acepciones actuales con las que se conoce lo que Carmona identificó como las escuelas de pensamiento ***normativista***, ***subjetivista*** y ***objetivista*** (Carmona, J.A., 1977: 34-40). Queda superada, pues, la controversia injustificada que en torno a

los indicadores objetivos-indicadores subjetivos se mantuvo en el seno del "movimiento" (Casas, F., 1989: 34-58).

Casas después de recoger y analizar un nutrido número de tipologías y contenidos asociados con las mismas, propone una clasificación *disciplinaria* de los indicadores (Casas, F., 1989: 72). Plantea la necesidad de que antes de llegar al enfoque multidisciplinar con el que en el tiempo se han abordado los indicadores, las respectivas disciplinas deberían desarrollar sus propios indicadores. Sólo éstas les pueden dar el marco teórico del que la mayoría de ellos adolece, así como un uso concreto.

La tipificación del autor quedaría en indicadores ***sociológicos***, ***psicológicos***, ***antropológicos***,... si no añadiera una segunda condición: su "nivel epistémico" o grado de aportación al conocimiento científico. A partir de estas dos premisas diferenciará entre:

- Los ***indicadores descriptivos***, elaborados a partir de un procedimiento técnico-descriptivo, van dirigidos a aplicaciones concretas o a ofrecer información de dinámica social. En consecuencia, su grado de aportación al conocimiento científico es escaso. En este primer grupo diferencia entre los informes o *rapports* sociales (elaborados a partir de datos cuantitativos y cualitativos) y los sistemas de cuentas sociales o contabilidades sociales (solo a partir de datos cuantitativos).

- Los ***indicadores tecnológicos*** derivan de aplicar un enfoque *tecnológico-cuantitativo.* Su finalidad es ofrecer la información requerida por las investigaciones de encargo, interesadas en la resolución de: problemáticas concretas, toma de decisiones y/o, en la valoración de programas de actuación social. Su aportación científica reside en el análisis de datos disponibles o en la comprobación (siguiendo un *proceso inductivo*) de algunas de las hipótesis enunciadas tanto por las grandes teorías como por las de alcance medio.

- Por último, nos presenta a los ***indicadores conceptuales*** enunciados solo a partir de la aplicación de un procedimiento *metodológico-conceptual*, o en otras palabras, solo a partir de la operacionalización de las dimensiones de los conceptos tomados de una teoría. A partir de este proceso es posible verificar las relaciones que hipotéticamente se creen que se mantienen entre las dimensiones del concepto y, entre los conceptos de las teoría a partir de la cual son enunciadas. Este proceso deductivo es el que les concede una mayor "potencialidad" científica, pero su uso queda limitado por la escasez de recursos (Casas, F., 1989: 109-112).

De lo expuesto hasta ahora, se constata la no unificación de criterios a la hora de definir qué es un indicador social. Por ello, creemos conveniente subrayar del grueso de las definiciones expuestas, las propiedades más significativas apuntadas respecto a los indicadores sociales constituyendo éstas los términos en los que nosotros consideraremos y utilizaremos a los indicadores sociales:

- Los indicadores sociales son componentes de un modelo;
- Los indicadores sociales son definiciones operativas o parte de la definición operativa de un concepto;
- Los indicadores sociales son expresiones numéricas o medidas estadísticas de un concepto.

4.- Posibilidades y limitaciones del uso de los Indicadores Sociales: problemas metodológicos en las construcción de Indicadores Sociales.

Indicar cuál, o cuáles, son las finalidades de los indicadores una vez expuestas las clasificaciones y asignaciones semánticas de los mismos no entraña dificultad. No obstante, tampoco se aprecia consenso entre los distintos autores a la hora de señalar las principales o más significativas bondades que los indicadores sociales encierran. Pese a ello, podemos aunar, *grosso modo*, y tal como lo hemos hecho en las páginas precedentes, las distintas funciones atribuidas en torno a las dos corrientes que a lo largo del tiempo han hecho suyos los indicadores: los especialistas de las ciencias humanas o Ciencias Sociales, y los responsables de la política social o "movimiento" de los indicadores sociales.

Las funciones atribuidas a estas dos escuelas lejos de ocupar posiciones antagónicas se complementan, llegando a lo que Ferrán Aznar ha calificado como *vinculación epistémica bidireccional* (Casas, F., 1989: 109). Esto se manifiesta por el hecho de que a partir de la década de los 70, en España, la participación de profesionales de las Ciencias Sociales en investigaciones de alcance político ha sido una constante[41].

La relación simbiótica, desde entonces, ha sido generalizada, de tal manera que las respectivas aportaciones trascienden, hoy, a los límites de cada una de las escuelas. Casas, al respecto, señala que es gracias a esta "moda" de los años 60

41. Buen ejemplo de la incipiente participación de investigadores sociales procedentes de las Ciencias Sociales es el primer estudio de la Fundación FOESSA (1967), Op. cit.

cuando el interés por cuantificar numéricamente sucesos y procesos sociales integra tendencias que manifestándose en el tiempo ajenas unas de otras hacían uso de los indicadores sociales: al mundo académico, político, administrativo y legislativo les une el interés por contar con "indicadores de situación" determinados contextos y/o situaciones (Casas, F., 1989: 15 y 33).

No obstante, y con anterioridad a que se produjera la situación descrita, la funcionalidad atribuida a cada una de las escuelas quedaba claramente diferenciada. El uso de los indicadores sociales en el seno del "movimiento" ha sido, exclusivamente, tecnológico, estrechamente vinculado a procesos de toma de decisiones. Los indicadores, en este sentido, han estado vinculados con la administración, destacando su participación en las funciones de: establecer fines sociales y definir prioridades; evaluación de eficacia y programas sociales; planificación para el desarrollo y previsiones de futuro (Carmona, J.A., 1977: 45-47; Miguel, A. de, 1976: 11). Esta utilización difiere del uso otorgado a los indicadores sociales en las ciencias básicas o aplicadas. Para los investigadores sociales los indicadores sociales son instrumentos de análisis conceptual.

Según Carmona, para que se produzca esta vinculación epistémica bidireccional, a los indicadores sociales se les pide:

- **Describir** tanto las características globales del desarrollo en un campo concreto de la sociedad, como las desigualdades y tensiones encubiertas.

- **Comparar** campos o áreas sociales en el tiempo y en lugares distintos.

- **Explicar** las pautas del desarrollo y las variables constitutivas del mismo.

- **Prever** consecuencias de las decisiones tomadas así como situaciones futuras en cada uno de los campos y como éstas pueden influir en el devenir del conjunto (Carmona, J.A., 1977: 41).

González Blasco señala que para que los indicadores puedan comparar y describir, previamente, deberán poder **medir conceptos**, esto es, poder medir dimensiones procedentes del mundo de las ideas. Solo a partir de este *proceso de operacionalización*, se podrán "manipular" estadísticamente los conceptos y con ello predecir situaciones futuras (González Blasco, P., 1994: 286).

La dicotomía inicial señalada por Carmona entre los indicadores sociales como instrumentos de conocimiento o de acción social, también la recoge Setién quien afirma que las funciones de los indicadores sociales vienen dadas, y por ello no se han mantenido constantes en el tiempo, por los intereses que motivan su construc-

ción: cuando hablamos de indicadores sociales para el análisis político sus funciones son *políticas*; cuando el interés se centra en describir la sociedad, su funcionalidad es de *información* (Setién, M.L., 1993: 40-41).

El papel de los indicadores sociales al servicio de la *planificación* es otra de las funcionalidades destacadas por un número importante de autores. En esta línea de pensamiento se sitúan, entre otros: Amando de Miguel, quien manifestará que solo a partir del conocimiento racional y sistemático de la realidad social, se podrá anticipar el futuro (Miguel, A. de, 1967: 11-12); Jacques Antoine para quien la planificación económica o social solo puede llevarse a cabo previo conocimiento de los fenómenos (Antoine, J., 1972: 191); y/o Diez Nicolás, quien señala la necesidad de añadir a la contabilidad económica la contabilidad social, pues solo así se puede alcanzar la planificación socioeconómica (Diez Nicolás, J., 1967: 193).

Otros autores, sin olvidar la participación de los indicadores sociales en labores de planificación, no dejan de vincularlos con otros usos. Salustiano del Campo, en su definición de indicador social, integra la planificación con funciones descriptivas o predictivas en los términos siguientes:

> (...) instrumentos que describen estados sociales, definen problemas sociales y dibujan tendencias sociales, que, por medio de la ingeniería social, se espera que puedan conducir hacia objetivos sociales formulados mediante la planificación social (Campo, S. del, 1972: 14 y 23)

Medina Medina señala la utilización de los indicadores sociales no solo como instrumentos de planeamiento, sino también como paso previo a la construcción de modelos sociales analíticos (Medina, A., 1967: 286). En su exposición, Medina Medina clasifica, según la finalidad perseguida, los informes sociales que, apoyados en indicadores sociales, han precedido a su propuesta de sistema de indicadores. Diferencia entre: aquellos que han tenido por objetivo la comparación internacional de los países; los que estudian sectores parciales de la vida social de una nación; y los que se centran en zonas geográficas delimitadas.

El uso que hace Galtung de los indicadores sociales está profundamente ligado a la teoría del desarrollo. Para el autor, los indicadores no deben limitarse a ser herramientas descriptivas, sino que éstos deben participar en la definición del desarrollo general del país o zona analizada (Galtung, J., 1972: 276). Para Galtung, el alcance de los indicadores sociales se sitúa en una doble posibilidad, a saber (Galtung, J., 1972: 255):

- Deben permitir comparaciones sincrónicas en el espacio;

- Deben permitir comparaciones diacrónicas en el tiempo.

Por último, hemos querido recoger la finalidad perseguida por uno de los más recientes estudios que en torno a la calidad de vida se han llevado a cabo en nuestro país. Setién otorga una utilidad eminentemente práctica a su estudio, pues cubre una serie de deficiencias identificadas. En primer lugar, su propuesta de sistema de indicadores sociales para evaluar la calidad de vida es, en sí mismo, un Informe Social del País Vasco (ámbito en el que se desarrollará) que permitirá ofrecer información al público en general y servirá como instrumento para la planificación. Su repetida aplicación, a lo largo del tiempo, nos permitirá analizar el cambio y evaluar el alcance y repercusiones sociales de los programas políticos; permitirá establecer comparaciones de la calidad de vida alcanzada en distintos ámbitos administrativos (provinciales o locales) e, incluso, diferenciando por grupos de edad, garantizando la asignación de recursos con aplicación de los principios de equidad (Setién, M.L., 1993: 407).

Como ya hemos señalado en reiteradas ocasiones a lo largo de las páginas de este capítulo, los indicadores sociales, han sido, y siguen siendo, la opción metodológica más utilizada a la hora de intentar aproximarse a la medición del desarrollo social y/o del bienestar social. No obstante, la bibliografía consultada no solo da fe de la expansión de este enfoque, sino que no olvida recoger en sus páginas las deficiencias y limitaciones de la medición social a través de esta metodología. En este apartado, se recogen las principales críticas que en torno al movimiento de los indicadores sociales se han apuntado.

El Instituto Nacional de Estadística (INE) es un buen ejemplo de lo expuesto en el párrafo anterior, pues al reanudar su interés por los Informes Sociales lo hará de la mano de los indicadores sociales, sin olvidar las limitaciones que éstos contienen. El INE señala las restricciones de los indicadores sociales en los siguientes términos (INE., 1991: 15-16):

a. Ambigüedad en cuanto al **significado del Indicador** lo que provoca la interpretación de los resultados en múltiples sentidos. La ambigüedad, en muchos casos, no solo afecta al indicador, sino también al propio concepto, lo que conduce a la ausencia de consenso entre proposiciones y teorías.

El informe señala que la solución a la ambigüedad pasa por el rigor conceptual adoptando las siguientes precauciones en dos fases: en la fase inicial, se debe definir la variable teórica que se va a medir así como la posible dirección de su varia-

bilidad; mientras que en la fase de interpretación, habrá que considerar todas las connotaciones del concepto integrándolas en el análisis de resultados.

b. Escasez de datos estadísticos que se adapten a los requerimientos de la elaboración de un sistema de indicadores sociales.

Más que una limitación de los propios indicadores sociales es una laguna informativa que puede mitigarse paralelamente a la elaboración del sistema de indicadores.

Esta es una de las limitaciones apuntadas por la OCDE en su informe *Les Conditions de Vie dans Les Pays de L'OCDE*, en donde se señala la ausencia de series cronológicas que impiden el estudio de la evolución del bienestar.

Merton, al respecto, señaló que en no pocas ocasiones los sociólogos deben hacer sus investigaciones en base a los datos de contabilidad social disponibles, no siendo éstos los más indicados para evaluar y medir el concepto objeto de estudio, sino simplemente, los disponibles (Merton, R., 1987: 244).

c. Heterogeneidad de las fuentes lo que imposibilita las comparaciones interregionales.

En este sentido están trabajando organismos internaciones como la OCDE, ONU, CE, pues para sus respectivos proyectos de elaboración de indicadores sociales, es necesario contar con un sistema de recogida de información estadística unificado. La OCDE ha sido el organismo que más ha insistido en esta deficiencia, recogiendo en el citado informe, la necesidad de homogeneizar los datos nacionales relativos a los indicadores sociales en los países miembros.

En relación a lo expuesto, McGranham, Pizarro y Richard hacen especial mención a las limitaciones de los datos en la evaluación o medición del desarrollo, centrando su crítica en la disponibilidad y calidad de estadísticas adecuadas. Reconocen que a la hora de medir el desarrollo se parte de la existencia de *problemas conceptuales* (concordancia entre conceptos teóricos y conceptos operativos; o concordancia de un concepto de desarrollo entre distintos países o en momentos dispares), pero que los mayores problemas surgen cuando se buscan series estadísticas con suficiente cobertura como para ser utilizadas como indicadores.

Según los autores, las razones principales que explicarían la carencia de buenas estadísticas sobre el desarrollo son: que éstas son caras, fuera del alcance de los países en desarrollo; a la que se añadiría la escasez de personal cualificado y de infraestructura de transporte y de comunicación. Por estas razones, las estadísticas de

las que se nutren los países son, generalmente, las más baratas y fáciles de obtener, entre las que identificamos las derivadas de las actividades administrativas (censos, registros,..). El mimetismo practicado por los países en desarrollo, ha conducido a que éstos elaboren y coleccionen series estadísticas vacías de contenido pues no facilitan la descripción y análisis de su situación (MacGranham, D., et al. 1989: 4-5).

En los estudios diacrónicos la información aportada puede no coincidir con el grado y dirección de las diferencias del cambio si:

- Los indicadores sociales que analizan las diferencias se hallan retrasados respecto a las técnicas estadísticas;

- Los indicadores no han sido diseñados para responder a las nuevas necesidades de información;

- Los indicadores no se han diseñado con el fin de reflejar las modificaciones del fenómeno (Carmona, J. A., 1977: 78).

Esta limitación tiene implicaciones mayores: en primer lugar un sistema de indicadores, puede ser válido para un país y no serlo para otros (la exportación, o adopción de los sistemas de indicadores por diferentes países debe ser objeto de examen); y en segundo lugar, un sistema de indicadores para un país (o cualquier ámbito de aplicación), a su vez, debe ser sensible a los cambios producidos en el seno del fenómeno analizado, pues corre el peligro de reflejar una situación obsoleta y obviar nuevos contextos. En última instancia, no podemos olvidar que no solo evolucionan y cambian los fenómenos sociales, sino que también lo hace la concepción que sobre ellos se tiene.

En los estudios comparativos, ya sean sincrónicos o diacrónicos, la **elección de la escala** o ámbito de estudio, podrá influir en el significado e información arrojada por el indicador, dificultando su interpretación (Carmona, J. A, 1977: 79). En muchas casos las estadísticas agregadas nacionales, provinciales o autónomicas, no reflejan las diferencias más significativas e importantes del fenómeno a analizar. Las grandes magnitudes, lejos de aportar mayor riqueza explicativa, ofrecen una visión muy simplista de la realidad observada. El problema se solventa eligiendo como unidades de análisis aquellas que manifiestan cierta homogeneidad interna, puesto que solo así es posible analizar el fenómeno en su justa medida.

Pese al reconocimiento explícito de las investigaciones respecto a la problemática asociada a las fuentes, todas ellas, vienen adaptándose a las mismas por razones de economía y de tiempo.

A las deficiencias apuntadas por el INE en 1991, podemos agregar las expuestas en el Informe de 1994, *Panorámica Social de España 1994*, en el que se identifica las siguientes limitaciones (INE., 1994: 9-10):

> **d. Inexistencia de teoría de alcance general** en el seno de las Ciencias Sociales que de apoyo al sistema de indicadores sociales. A diferencia de las estadísticas económicas, avaladas y desarrolladas al amparo de modelos teóricos muy desarrollados, los indicadores sociales no cuentan con el soporte conceptual ni teórico necesario para su desarrollo y consolidación.

La ausencia de un marco teórico que ofrezca conceptos y sus relaciones, es la carencia más citada respecto a los indicadores sociales (Carmona, J. A., 1977: 60-64; Casas, F., 1989: 197). Los autores que enfatizan este punto, critican el uso tecnológico que se viene dando a los indicadores sociales y reivindican el papel de la Teoría Social vinculada con los problemas a investigar (Miguel, A. de, 1967: 17-18). Este grupo de investigadores ven la necesidad de recurrir a la recopilación de hipótesis en torno a una teoría de alcance general, que fruto de distintas investigaciones empíricas se encuentran difuminadas y dispersas (Setién, M.L., 1993: 408), esto es, recurrir a lo que hoy se denomina bajo un punto de vista metodológico, al ***meta-análisis***.

> **e. Problemas inherentes en la medición**. Mientras que el *dinero* ha sido la medida utilizado como elemento de unificación estadística en los agregados e indicadores económicos, la cuantificación de fenómenos sociales como la salud, o en términos globales, el nivel de bienestar o calidad de vida, siguen sometidas a debilidades metodológicas muy por encima de las estadísticas económicas. Los estudios de *presupuestos de tiempo* (cuadros contables en los que se contraste el tiempo invertido en producción, consumo y ocio) para los que el *tiempo* es la unidad de medición, no han fructificado.

La objetividad aportada por el patrón monetario en el conjunto de los indicadores económicos no ha encontrado su homólogo en los indicadores sociales.

> **f.** Los fenómenos sociales quedan sometidos, en última instancia, a **limitaciones valorativas**.

Si bien existe un nutrido número de fenómenos sociales para los que existe consenso a la hora de valorar sus indicadores (un buen ejemplo es la medición de la salud o de la nutrición), no sucede lo mismo para otros en los que cabe interpretaciones dispares, incluso antagónicas, derivadas del punto de vista o ideología des-

de las que son abordadas. La corrección a este problema ha sido la presentación de varias alternativas ideológicamente neutras.

g. Por último, el Informe señala que el desacuerdo que se vive en el seno del "movimiento" en torno a los **objetivos que deben cubrir los indicadores sociales** (para unos los indicadores deben permitir el análisis de las políticas sociales de los países; mientras que para otros, el papel de los indicadores es el de cubrir la necesidad democrática de todo ciudadano de interpretar libremente la información, en este caso de corte social), no hace más que incrementar la confusión en torno a esta metodología de medición social.

A las limitaciones ya expuestas, podemos añadir las de Pena Trapero recogidas, posteriormente, por García-Durán de Lara y Puig Bastard (Pena, B., 1977: 42-44; García- Durán, J. y Puig, P., 1980: 502-506):

h. Ausencia de indicadores de percepción pues, aún siendo teóricamente considerados como necesarios, las dificultades metodológicas inherentes a la transcripción objetiva de experiencias subjetivas, han hecho que tradicionalmente fueran desechados.

Así, la OCDE, aún planteando su inclusión inicial en el proyecto de indicadores sociales, lo rechaza en última instancia, argumentando su decisión en las dificultades metodológicas de llevarlos a la práctica. Por su parte, la ONU, aun reconociendo su interés, rechaza su inclusión desde un principio (Zarzosa, P., 1996: 42).

La eliminación de los indicadores de percepción (o subjetivos) en la medición del nivel de bienestar es un importante problema ya que nos conduce a un acercamiento sesgado de la realidad. Además, un número importante de fenómenos sociales sometidos a análisis encierran una naturaleza cualitativa y, sin embargo, están siendo medidos exclusivamente bajo un punto de vista cuantitativo. Al respecto, Setién afirma que se abre una "brecha" entre medidas al uso y propuestas y las realmente necesarias (Setién, M.L., 1993: 408).

i. El **carácter desagregado** de los indicadores sociales es, quizás, la limitación más reiterada por el conjunto de autores que ha abordado la problemática asociada a los indicadores sociales.

Por otro lado, Pena Trapero manifiesta que los indicadores sociales, por separado, pueden llegar a ser indicativos de la situación de los distintos aspectos del bienestar. No obstante, el interés no solo se ciñe a evaluar individual y aisladamente las parcelas constitutivas del bienestar, sino que el objetivo perseguido, en última instancia, es el de valorar conjuntamente todos los componentes y obtener así una ***me-***

dida de situación global, lo que nos lleva a plantear los **problemas de agregación** de los indicadores sociales.

Salustiano del Campo subraya la importancia y problemática asociada a la agregación de indicadores sociales y/o construcción de índices. Para del Campo el problema de la agregación puede reducirse si en el proceso se aplican cuatro reglas:

- Nunca se deben sumar los indicadores cuando uno sea la causa del otro;

- Dos indicadores no deben sumarse cuando uno es parte del otro;

- Nunca habrá que sumar indicadores orientados hacia objetivos sociales distintos;

- Solo se sumarán los indicadores cuando su unidad de medición sea la misma (Campo, S., del, 1972: 18).

Por su parte, Carmona destaca la necesidad de superar dos problemas en la construcción de un índice que, aunque estadísticamente han sido resueltos con facilidad, desde el punto de vista sociológico no queda clara la información que nos aportan. Los dos inconvenientes son: la transformación de los datos y/o variables a una escala común; y, la ponderación (esto es, la importancia de cada indicador parcial) de las variables incluidas en el índice (Carmona, J. A., 1977: 76).

Así, y puesto que los indicadores sociales que participan en la elaboración de un índice no pueden ser transcritos a una escala monetaria, la escala utilizada como criterio unificador ha sido, tradicionalmente, la *estandarización* de los indicadores parciales. Con este proceso, las observaciones brutas se convierten en múltiplos de la desviación típica, y con ello, se integran valores referentes a aspectos diferentes.

El segundo problema ha sido solucionado estadísticamente a partir de las *correlaciones* entre pares de valores con lo que los coeficientes más altos son sinónimos de valores, ponderación, más altos en la agregación de los mismos. No obstante, valores altos, o bajos, en una matriz de correlaciones no siempre implican correlaciones altas o bajas.

Llegados a este punto del análisis son, pues, los problemas de agregación los que adquieren verdadero protagonismo. Por esta razón, dedicamos un capítulo a la construcción de los indicadores sociales en el que, junto con la exposición del *proceso de operacionalización de las Ciencias Sociales*, se recogen las distintas técnicas aplicadas en la resolución de dicho problema.

Antes de concluir este punto, recogemos las limitaciones que en torno a los indicadores sociales otros autores han subrayado.

González Blasco señala cuatro fuentes de error básicas inherentes a cualquier indicador:

- Inconsistencia en la aplicación de una definición operativa de la variable;
- Errores en el procedimiento de recogida de datos;
- Errores ocasionados por los instrumentos de recogidas de datos;
- Errores ocasionados por el procedimiento de codificación de los datos (González, P., 1985: 185-197).

Para Abranhamson[42] los problemas metodológicos más importantes implícitos en los indicadores sociales no difieren a los que podemos identificar en cualquier proceso de operacionalización de conceptos: su validez y fiabilidad.

La *validez* debe contrastarse a cuatro niveles: (1) la *validez lógica* que consiste en repasar el proceso en el que hemos relacionado el concepto con un indicador preguntándonos si es correcta la relación o, en su defecto, remitirnos a la valoración de un experto; (2) en la *validez concurrente* comparamos el indicador seleccionado con otros operativamente ya aceptados; (3) la *validez de constructo* nos lleva a evaluar, bajo un punto de vista teórico, la relación entre distintos indicadores de un concepto; y (4), la *validez predictiva*, examina si teóricamente existen correlación entre indicadores de distintos conceptos.

Una vez que la validez de un indicador se ha contrastado debemos asegurarnos que, además, es *fiable* o constante, sobre todo, con el paso del tiempo. La valoración de la fiabilidad también la abordaremos desde una doble perspectiva: *fiabilidad temporal* en donde se reflejará la persistencia del indicador a lo largo del tiempo en la medición de un mismo fenómeno; y, la *fiabilidad interna* que complementaría a la anterior en aquellas circunstancias en las que la medición de un fenómeno (con muchas dimensiones) pasa por comparar las partes entre sí o cada una de ellas respecto al todo.

González Blasco, por último, nos recuerda que los indicadores deben reunir dos características: el indicador debe mantener una relación con el concepto o dimen-

42. Abrahamson, M. 1983: Social Research Methods. Englewood Cliffs (N.J.). Prontico-Hall, citado por Casas, F., 1989, Op. cit., pp. 120-123.

sión del concepto que intenta medir; y, el indicador debe ser expresión numérica, cuantitativa, de la dimensión que refleja (González Blasco, P., 1994: 283).

5.- Los Indices en Sociología: definición, propiedades y fuentes de error.

En líneas generales, y en el hilo argumental del proceso que acabamos de describir, podemos definir a un número ***índice*** como "(...) una medida obtenida por la agrupación adecuada de varios indicadores. (...) Los índices representan, pues, numéricamente una, varias o todas las dimensiones del concepto operativizado" (González Blasco, P., 1994: 287). De este modo, si tenemos que un índice resume todos los indicadores que explican el conjunto de dimensiones de la variable, este *Índice* expresa, a su vez, numéricamente la variable estudiada. Con la obtención de este índice se cierra el proceso de medición, que nos permite llegar a un valor numérico partiendo de una idea o concepto.

El ***objetivo*** principal de un índice es "(...) medir o caracterizar una distribución por una medida única. Sintetiza por ese sistema diferentes variables en una sola resultante" (FOESSA., 1970: 1598). No obstante, al resumir la información se produce una pérdida de la misma que se compensa por la claridad, utilidad y practicidad a la hora del análisis (FOESSA., 1970: 1601). Un *índice* nos cuantifica toda la información útil de un aspecto del fenómeno resumiéndola en un número denominado como número índice.

De Miguel y Sevilla-Guzmán establecen una serie de ***requisitos teóricos*** para que un índice sea lo más adecuado posible. Advierten, que del total de características, no todas deben cumplirse para el conjunto de índices, sino que éstas variarán en función del tipo de índice utilizado. Las características, para los citados autores son[43]:

a. Validez. Un índice es válido, o **exacto**, cuando mide lo que se había propuesto cuantificar y cuando manifiesta los cambios acaecidos en los indicadores a partir de los cuales medimos la realidad. A su vez, los requisitos asociados con la validez son:

- Debe ser *un solo número*, de una o varias cifras, positivo o negativo.

43. Los autores asocian estas características con la tipología de indicadores por ellos aportada. Cfr. Miguel, J., de y Sevilla-Guzmán, E., 1973, Op. cit., pp. 143.